LUCHADORES DEL ESPACIO

INVASION NAHUMITA



POR GEORGE H. WHITE

Restituida la supremacía de la raza terrícola en los planetas del sistema de Redención, el autoplaneta *Valera* se dispone a emprender otras empresas cósmicas. La primera de ellas será la búsqueda de los planetas del sistema de Nahum, habitados por un pueblo cuya civilización ha discurrido por caminos paralelos a la propia civilización terrícola.

Grandes sorpresas, horas trágicas y amargas esperan a la familia Aznar en esta nueva singladura del poderoso autoplaneta *Valera*.

Invasión nahumita, de George H. White, nos traslada a un mundo exótico, lleno de amenidad y crueldad, donde el último superviviente de la familia de los Aznar acaudilla una de las más azarosas, osadas y apasionantes aventuras.



George H. White

Invasión nahumita

La saga de los Aznar - 15

ePub r1.1
Titivillus 02.01.17

Título original: *Invasión nahumita*
George H. White, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INVASION NAHUMITA

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

NAHUM A LA VISTA

ACADEMIA ASTRONÁUTICA DE SAN CARLOS, CERCA DE NUEVO MADRID. A BORDO DEL AUTOPLANETA *VALERA*

SOBRE el verde césped del campo de maniobras, al ritmo de una alegre marcha militar evolucionaban en impecable formación cinco mil cadetes de las Fuerzas Siderales uniformados de blanco de pies a cabeza. El tono agudo de un cornetín de órdenes anticipó las notas de la voz de alto. Cesó la música, el cornetín dio la nota alta y los cinco mil cadetes se detuvieron como un solo hombre.

—¡Descansen armas, ar!

Cinco mil pares de manos enguantadas de blanco se movieron sincrónicamente, y en el silencio se escuchó de una sola vez el

chasquido de cinco mil manos que golpeaban sobre la costura del pantalón.

—¡Derecha, ar!

Cinco mil guerreras y cinco mil gorras blancas giraron a la vez presentando una nueva perspectiva.

—¡Enfunden bayonetas, ar!

Cinco mil bayonetas de cristal chisporrotearon al brillante sol artificial de *Valera* antes de envainarse en cinco mil fundas.

—¡Rompan filas, ar!

Un vocerío ensordecedor surgió de cinco mil gargantas jóvenes mientras, como si un huracán se hubiera desatado de pronto sobre la explanada, se deshacían los compactos bloques, desparramando a través del verde césped una ola de blancos copos de nieve.

La parada había terminado y los cadetes corrían a la desbandada en dirección al edificio central del conjunto que formaba la Academia.

Los largos corredores y las amplias escalinatas se vieron invadidos de una muchachada alegre y ruidosa, que ya por el camino se iba despojando del cinturón y los correajes.

Era la mañana del sábado. Como de costumbre, la Academia se vaciaría, dando suelta a los cadetes que iban a pasar el fin de semana con sus familias o amigos, a condición de estar de regreso antes del toque de retreta de la tarde del domingo.

Entre aquella marea juvenil, el cadete de último año José Luis Balmer era uno de los que metían más ruido aquella mañana.

Este era un sábado excepcional para José Luis Balmer. Un día que, por causas que él todavía ignoraba, no habría de olvidar jamás mientras viviera.

Lo inmediato, lo que José Luis Balmer sí sabía, era que su amigo y compañero de habitación, el cadete de último año Miguel Ángel Aznar, le había invitado a pasar este fin de semana con su familia. Por una vez, José Luis Balmer iba a sentarse a la mesa de los Aznar con el “superalmirante” don Jaime Aznar, Comandante Jefe de las Fuerzas Expedicionarias Terrícolas, y todos los demás miembros de tan distinguida familia.

No obstante, lo que más ilusionaba a José Luis Balmer, era ver de nuevo a la señorita Estrella Aznar, hermana de Miguel Ángel, a quien había conocido al finalizar el curso anterior, durante la

ceremonia de entrega de diplomas.

Por todo esto, y porque José Luis Balmer estaba enamorado de Estrella Aznar, sentíase lleno de excitación mientras cerraba su bolsa de viaje y apremiaba:

—¡Vamos, Miguel Ángel! Si no nos damos prisa perderemos el primer turno de autocares y tendremos que esperar más de una hora.

Miguel Ángel Aznar rió mientras cerraba su armario.

—Descuida, amigo. Cogeremos el primer turno. Yo ya estoy preparado.

—¡Pues arreando! —gritó José Luis saliendo del dormitorio y echando a correr por el amplio pasillo.

Por las grandiosas escalinatas del edificio principal de la Academia descendía un alud de jóvenes cadetes en dirección a una fila de grandes autocares preparados para trasladarles a la capital. José Luis Balmer y Miguel Ángel Aznar se unieron a esta avalancha y empujaron como los demás levantando las bolsas de mano por encima de las cabezas y luchando a brazo partido hasta conseguir entrar en uno de los autocares.

Exhalando un suspiro de satisfacción, los jóvenes dejaron sus bolsas en la rejilla y tomaron asiento el uno junto al otro. En un instante, la cabina quedó completamente ocupada. El conductor protestó asegurando que no cabían más y cerró la portezuela.

El autocar se puso en marcha para enfilar la autopista de Nuevo Madrid.

—Ya ves cómo al fin hemos cogido el primer turno —rió Miguel Ángel. Y consultando su reloj añadió—: Justo llegaremos a palacio a la hora de almorzar.

—¿Tu familia no sale hoy al campo como los otros sábados? —interrogó José Luis.

—No. Esta semana la familia se queda en la ciudad. Ten en cuenta que hemos llegado a la vista de Nahum y pueden ocurrir cosas de un momento a otro.

José Luis guardó silencio. Se trataba de un joven de mediana estatura, fuerte y ancho de espaldas. Aunque no pudiera calificársele de hombre guapo, José Luis tenía en cambio en su cara una bondad y simpatía que atraía desde el primer momento. Sus cabellos eran rubios y rizados; sus ojos azules e ingenuos como los

de un niño; su nariz ancha, un poco aplastada y ligeramente respingona, y sus labios abultados.

En notorio contraste con su amigo, Miguel Ángel era alto, esbelto, moreno, de ojos negros, nariz pequeña y afilada y labios finos y bien dibujados. En conjunto, sus facciones eran —como las de todos los numerosos miembros de la familia Aznar— físicamente perfectas y dotadas de un cierto aire de nobleza. Si entre el moderno pueblo terrícola existieran todavía diferencias de casta, Miguel Ángel hubiera merecido tener en sus venas sangre azul a juzgar por su distinción.

Ahora, una terrible sospecha acababa de abrirse paso en la mente de José Luis.

—¡Oye, tú! —gruñó arrugando el ceño—. ¡A ver si resulta que la mitad de tu familia está en el campo y la otra en la ciudad!

—Todo es posible —repuso Miguel Ángel con la aviesa intención de fastidiar a su amigo. Y tras una pequeña pausa añadió—: Pero vamos a ver. ¿A qué parte de la familia Aznar quisieras ver en el campo y a cuál en la ciudad?

José Luis sonrojóse violentamente. Lanzó una mirada a hurtadillas sobre el perfil de su amigo y luego:

—No seas idiota, Miguel Ángel —refunfuñó—. Sabes que no me hace gracia que te burles de mí a costa de tu hermana.

—¡Bueno… bueno! No lo tomes así —rió Miguel Ángel.

José Luis Balmer no contestó. Siempre le producía malestar hablar con su amigo de Estrella Aznar. Ciertamente, Miguel Ángel era el mejor y más íntimo de sus amigos, pero entre ambos se levantaba una invisible barrera. En la época presente no existían distinciones de clases. Todos eran iguales en derechos, pero esta igualdad era puramente formularia en algunos casos.

Miguel Ángel era descendiente directo de aquel otro Miguel Ángel que guió a los primeros emigrantes terrestres hacia un nuevo y fabuloso sistema planetario. No importaba que no existieran diferencias de casta. Miguel Ángel, y quien decía Miguel Ángel, Estrella Aznar, estaban muy por encima del humilde teniente Balmer. Estos eran hijos del jefe del Cuerpo Expedicionario, vivían en un palacio y se relacionaban con la flor y nata de los prohombres que más destacaban en los campos de la ciencia, de las artes y de las fuerzas armadas. Aunque Estrella Aznar comiera, vistiera,

estudiara y se divirtiera como otra muchacha cualquiera de *Valera*, ella sería siempre hija del Contralmirante Aznar, nieta del Vicealmirante Aznar, bisnieta del Almirante Aznar y tataranieta del Almirante Mayor Aznar, el que también se llamaba, para distinguirle de los demás almirantes, por su mayor categoría, “Superalmirante”. Por lo cual, el pobre José Luis Balmer desesperaba de alcanzar algún día el amor de la hermana de su amigo.

El autocar rodaba por una magnífica autopista. En sentido opuesto se veían pasar como una ráfaga un cordón de automóviles que venían de la ciudad y se dirigían a las montañas y los bosques para pasar el fin de semana.

Pronto los viajeros pudieron ver en la lejanía la centelleante masa de la ciudad, cuyos rascacielos de vidrio chisporroteaban al sol artificial de *Valera* hiriendo los ojos de los tripulantes del autocar. Pero aunque aquel resplandor cegaba también al conductor, los ocupantes estaban a cubierto del riesgo de despistarse. Un piloto automático dirigía el automóvil manteniendo siempre la rueda directriz a la misma distancia de la valla electrónica que dividía la carretera en dos mitades iguales.

El viaje fue breve. El autocar redujo la marcha al entrar en la ciudad y el conductor empuñó el volante. Deslizándose por el lado derecho de una avenida que medía un kilómetro de anchura y tenía un verde parque en su centro, el vehículo llegó a la plaza de España y se detuvo volcando su juvenil cargamento sobre las amplias aceras.

José Luis Balmer alzó los ojos, un poco impresionado, hacia la imponente mole del Palacio Residencial. Este era un rascacielos de estilo gótico enteramente construido de cristal que elevaba sus afiladas agujas por encima de todos los rascacielos de Nuevo Madrid.

—¡Tira para adelante! —refunfuñó Miguel Ángel empujando a su amigo—. Al tatarabuelo le irrita mucho que alguien se retrase durante las comidas.

Los dos cadetes ascendieron por las regias escalinatas de mármol y penetraron en el grandioso palacio. Un rápido ascensor les llevó hasta el piso 88, el cual ocupaba por entero la numerosa familia del “Superalmirante”. Como persona que se mueve en lugares que le

son familiares, Miguel Ángel condujo a su compañero a través de los amplios pasillos alfombrados hasta una pequeña y confortable habitación.

—Este será tu cuarto mientras estés en casa —dijo Miguel Ángel abarcando la estancia con un ademán—. Ese es el cuarto de aseo. Vendré por ti dentro de cinco minutos.

José Luis quedó solo en la elegante habitación. Se quitó la casaca para lavarse y peinarse. Con cronométrica puntualidad, Miguel Ángel regresó a los cinco minutos para tomarle del brazo y guiarle por el dédalo de corredores hasta el comedor.

—Estoy muy asustado —confesó José Luis—. ¿No se sentirán molestos tus abuelos por haberme invitado tú?

—¡Qué tontería! Siempre tenemos invitados y especialmente los fines de semana. No sé cuántos tendremos hoy, pero apuesto lo que quieras a que son, por lo menos, tres.

—Sí. Pero todos serán personas importantes, ¿verdad?

Ante la puerta del comedor, Miguel Ángel se detuvo para lanzar una severa mirada sobre su amigo.

—Recuerda bien esto, José Luis —dijo—. Cualquier hombre o mujer de esta nación es una persona importante. Procura no olvidarlo y comportarte ante mi familia con naturalidad. Nada hay que ofenda tanto al tatarabuelo como verse tratado deferentemente. Y no le llames Excelencia. Cuando tengas que dirigirte a él, llámale simplemente “señor” o mejor “don Jaime”. ¿Entendido?

José Luis asintió tragando saliva.

—Muy bien. Pues adelante.

Miguel Ángel empujó la puerta e hizo pasar a su amigo a un enorme comedor, en cuyo centro se veía una larga mesa de cristal. Unas catorce o quince personas estaban reunidas allí.

—Ya te decía yo que esto estaría muy concurrido —dijo Miguel Ángel en voz baja, hundiendo el codo en las costillas de su amigo.

José Luis miró intimidado a aquella gente, viendo con sorpresa que los uniformes brillaban por su ausencia.

A la cabecera de la mesa, todavía de pie y hablando con otro que llevaba en el ojal el botón de la Legión de Honor, había un hombre que aparentaba tener unos 70 años de edad y tenía entrecanos el cabello y los bigotes. Éste levantó una mano al ver entrar a los cadetes y exclamó:

—¡Hombre! Aquí está el benjamín de la familia. Ven acá, botarate.

Miguel Ángel apresuróse en acudir al llamamiento. José Luis se quedó algo rezagado, pero Miguel Ángel volvió atrás y le arrastró consigo.

—Ese es el tatarabuelo —confió entre dientes—. Tiene la manía de llamarme Benjamín. No porque se le olviden los nombres de sus muchos tataranietos, sino porque soy el más joven de la familia.

José Luis miró curiosamente al jefe del más poderoso ejército de cuantos se conocían en el Universo. Pese a su apariencia, aquel hombre tenía ciento cincuenta y seis años.

Miguel Ángel estrechó la mano de su tatarabuelo y le presentó a su amigo:

—Don Jaime. Este es mi camarada José Luis Balmer. Somos compañeros de academia y de dormitorio.

Don Jaime Aznar clavó sus negros y penetrantes ojillos en el muchacho. Le tendió la mano y anunció campechanamente:

—¡Hombre, un Balmer! Tanto gusto, muchacho. El fundador de la dinastía de los Aznar fue íntimo amigo del fundador de la dinastía de los Balmer. Unos y otros hemos tenido nuestras diferencias luego, pero los Aznar y los Balmer deben continuar siendo amigos.

—Si usted me lo permite, don Jaime, voy a presentar a mi amigo a los viejos —dijo Miguel Ángel.

—Ve. Pero recuerda que luego te toca ayudar a Estrella a fregar los platos —dijo el “Superalmirante” muy serio.

Mientras los comensales iban tomando asiento ante la mesa, Miguel Ángel asió a su amigo por el brazo y lo arrastró presentándole sucesivamente a don Andrés Aznar, Almirante y bisabuelo de Miguel Ángel, que contaba a la sazón ciento veintinueve años. Después le presentó al Vicealmirante don Luis Aznar, de ochenta y seis años de edad, su abuelo, y luego a su propio padre, don Joaquín Aznar, Contralmirante. También le presentó a otros dos almirantes que no pertenecían a la familia Aznar, a las esposas de éstos y a los profesores Arquímedes Ferrer, doctor en cibernética; al profesor don Fernando Valera, astrónomo y descendiente de aquel otro Valera que descubrió y dio su nombre al fabuloso autoplaneta en que ahora viajaban, y por último, al

profesor don Rafael Castillo, notable sabio en cuestiones de biología.

Los ojos de José Luis todo eran volverse hacia la puerta que calculaba debía llevar a la cocina. Estrella Aznar, lindísima con su coquetón delantal, no tardó en aparecer llevando una grande y humeante sopera. Le seguían llevando bandejas con otros alimentos doña Mercedes, madre de Miguel Ángel, y una abuela de Estrella.

Las mujeres depositaron sus bandejas en un extremo de la mesa, precisamente delante del “Superalmirante”. El desenvolvimiento de la nación terrícola había impuesto nuevas costumbres en la vida familiar. Según el Fuero del Pueblo, ningún terrícola podía servir a otro. Esto quería decir que estaba desterrada la servidumbre. En el seno de las familias era lógico que unos sirvieran a otros, y por esta causa las mujeres habían vuelto a su primitiva condición de ejes del hogar sobre las que pesaban las tareas domésticas que no podían realizar las máquinas.

Respecto a las comidas, el hecho de que los alimentos los proporcionaran los almacenes ya condimentados y preparados liberaba a la mujer del yugo de la cocina. Pero en algunos casos todavía la mujer recurría al fogón. En el presente, y a pesar de la alta alcurnia de los Aznar, las mujeres se habían encargado personalmente de guisar la sopa y servirla a la mesa.

Después que hubo servido la comida, Estrella fue a sentarse en la silla que su hermano había dejado intencionadamente vacía entre él y José Luis.

—Seguramente recordarás al señor José Luis Balmer —dijo Miguel Ángel a su hermana.

La muchacha volvió sus negros y luminosos ojos hacia el aturdido José Luis y le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—Desde luego, le recuerdo, señor Balmer.

Roto el hielo, José Luis perdió parte de su timidez y se dedicó con entusiasmo a charlar en voz baja con la chica. Mientras tanto, la conversación seguía en torno a la mesa en tono bastante más alto. El tema era el acontecimiento del día, es decir, la arribada del autoplaneta a una nueva galaxia.

—En la Academia todo el mundo se pregunta qué ocurre con los nahumitas —dijo Miguel Ángel a su padre el Contralmirante—. Existe la impresión de que el Estado Mayor General se muestra

reservado sobre ciertos aspectos de este asunto. ¿Hay algo de cierto en esto?

—En absoluto —contestó el Contralmirante—. Los boletines de noticias han dicho todo cuanto merecía la pena decirse. Desde esta mañana a las ocho nuestro autoplaneta permanece con los motores parados, acompañando en su órbita al más exterior de los planetas nahumitas, el cual dista todavía de nosotros treinta millones de kilómetros.

—¿No vamos a acercarnos más para echar un vistazo a los planetas del interior del sistema?

—No por ahora.

—¿Por qué? ¿Qué esperamos?

—A que los nahumitas salgan a nuestro encuentro.

—¿Crees que vendrán? ¿Se habrán dado cuenta siquiera de nuestra presencia en este apartado lugar del espacio?

—Eso es seguro. Un pueblo como el nahumita, que cuenta con enemigos tan temibles como los “thorbod”[1] debe tener montado un servicio permanente de vigilancia a gran distancia. La presencia de un cuerpo celeste del tamaño de *Valera*, aun sin ser demasiado grande, no puede haber pasado desapercibido a los telescopios nahumitas que continuamente estarán escudriñando el espacio.

—Habrán pensado que se trataba de un planeta vagabundo.

—No por mucho tiempo —dijo el profesor Valera, que estaba sentado al otro lado de la mesa, frente por frente a Miguel Ángel y el Contralmirante Aznar—. Un cuerpo celeste irrumpiendo en un sistema planetario siempre es motivo de sobresalto para los habitantes de los planetas. Los nahumitas nos habrán observado con atención, tratando de establecer la ruta probable de nuestro autoplaneta. Pronto habrán descubierto que nuestra velocidad, en lugar de aumentar, como era de esperar, iba en disminución hasta que entramos en órbita. Este no es comportamiento de un planeta errante y semejante hecho debe haber sorprendido mucho a los astrónomos nahumitas. Naturalmente vendrán a investigar.

—¡Vaya susto para los nahumitas, cuando descubran que este planetillo está bajo control y puede moverse a voluntad de sus tripulantes! —exclamó Miguel Ángel regocijado.

—En efecto, para los nahumitas ésta debe ser una sorpresa alarmante —dijo aquí el “Superalmirante” entrando en la

conversación—. Máxime, teniendo en cuenta que ellos nos ignoran.

—Tal vez teman que seamos sus enemigos ancestrales, los “thorbod” —apuntó Miguel Ángel.

—Tal vez.

—Estamos interceptando sus mensajes por radio desde hace días. ¿A qué esperamos para darnos a conocer?

—Me preocupan esos nahumitas —contestó el “Superalmirante” frunciendo el entrecejo—. Por lo que sabemos de los prisioneros que hicimos cuando atacaron los planetas terrícolas, en estos mundos continúan arraigadas todas las injusticias, violencias y despotismos que también conoció nuestra Humanidad en las tenebrosidades de la Edad Media.

—Buena ocasión para evangelizarlos, ¿no es cierto?

—¿Y por qué no? Difundir la doctrina de Cristo por los más recónditos rincones del orbe es deber que nos legaron nuestros antepasados. Podemos y debemos hacerlo aunque, claro está, no por la coacción ni la violencia. No sería muy edificante enseñar la piedad con un catecismo en la mano y el látigo en la otra. No. No hemos venido aquí para armar una nueva guerra, sino para sembrar la semilla que eliminará todas las guerras. En principio no somos más que unos embajadores de la Tierra, portadores de un mensaje de paz. Si los nahumitas son personas decentes sentirán hacia nosotros la misma curiosidad que nosotros sentimos hacia ellos. Permitirán un intercambio de culturas y por esta puerta pueden entrar nuestros misioneros. Tal vez estos encuentren en el alma nahumita un terreno propicio para que en él germine la semilla de Cristo.

—¿Y si no fuera así? —interrogó Miguel Ángel—. ¿Y si los nahumitas, en vez de recibirnos amigablemente, nos acogieran de mala manera?

Don Jaime Aznar tardó un minuto en contestar.

—Bien —dijo el cabo—. Si los nahumitas nos acogen desabridamente lo mejor que podemos hacer es largarnos.

—Me gustaría echar un vistazo a esos planetas con el telescopio —dijo Miguel Ángel.

—Podrás verlos dentro de un rato si nos acompañas —repuso don Luis Aznar, abuelo de Miguel Ángel y nieto del “Superalmirante”—. Todos vamos hacia la cámara de derrota.

José Luis Balmer abandonó por un momento su interesante conversación para volverse hacia su amigo y decirle en voz baja:

—¡Oye! Si vas a bajar a la cámara de derrota… a ver cómo te las apañas para llevarme contigo.

—Vendrás con nosotros, descuida —prometió Miguel Ángel.

Confiado en esta promesa, José Luis Balmer volvió a continuar su interesantísima conversación con la hermosa Estrella Aznar.

CAPÍTULO II

EL GIGANTE VENCIDO

TRAS la sobremesa el Almirante Mayor propuso a sus invitados bajar hasta la cámara de derrota.

Dada la posición de *Valera* respecto del Sol, el más próximo de los planetas nahumitas les daba su hemisferio en sombra.

—No obstante —dijo don Jaime— anoche despachamos a uno de nuestros cruceros en misión de descubierta a fin de bojear el planeta y enviarnos su imagen por televisión.

Desde la planta 88 del rascacielos, un veloz ascensor neumático llevó al pequeño grupo de hombres hasta más allá de los sótanos del Palacio Residencial, hasta una amplia bóveda destinada a aparcadero de automóviles. Desde este lugar, una puerta de diez metros de anchura, que en caso de emergencia podía cerrarse con una cortina de “dedona” de un metro de espesor, conducía directamente al vestíbulo de la Sala de Control.

La Sala de Control era el centro neurálgico del autoplaneta y toda esta zona regía bajo un riguroso control policíaco.

Sobre el enorme vestíbulo daban las puertas de los servicios anexos a la Sala de Control: vestuarios, sala de descanso, enfermería, peluquería, restaurante y demás auxiliares propios de un centro en el que diariamente trabajaban ocho mil técnicos repartidos en cuatro turnos de seis horas cada uno.

Para cruzar las grandes puertas vidrieras del vestíbulo tenía uno que pasar por la oficina de Identificación y Registro, bajo la atenta mirada de miembros de la Policía Militar armados de metralletas.

Un cerebro electrónico llevaba a cabo en segundos todo el proceso de identificación. El visitante ponía su mano abierta sobre

el cristal de una consola, y las huellas dactilares eran fotografiadas automáticamente. La máquina guardaba en su memoria todos los datos concernientes al personal empleado y comparaba los del visitante con los de su archivo, dando de inmediato una respuesta.

Si la respuesta era afirmativa, la máquina expedía simultáneamente una tarjeta con la fotografía del individuo, su nombre y número, titulación o grado, tarea que desempeñaba en la Sala de Control, fecha del día, hora de entrada y tiempo de validez del documento.

Para los visitantes foráneos se expedía un pase especial avalado por dos personas cuyos datos habían de figurar obligatoriamente en la memoria del cerebro.

Con su tarjeta de identificación colgando del ojal, el grupo cruzó el enorme vestíbulo con su piso de mármol negro, pasó por otra puerta de cristales y entró en la Sala de Control.

La Sala de Control era un hexágono de doscientos metros de ancho ocupando 34.500 metros cuadrados completamente libres de columnas. El techo era una cúpula laboriosamente excavada, al igual que el resto de la sala, en el durísimo metal de que estaba constituida la materia del planetillo.

Los seis lados de la sala, hasta una altura de tres metros, aparecían totalmente cubiertos por los paneles de las computadoras. Por encima de estos paneles se superponían hasta tres galerías donde estaban las unidades de memoria del cerebro electrónico principal.

Valera era un planetillo hueco de dimensiones algo menores que la Luna. Aunque sólo tenía 3.200 kilómetros de diámetro exterior (el de la Luna era de 3.470 kilómetros) y su caparazón no tenía más allá de cien kilómetros de espesor medio, toda su masa equivalía a la del planeta Tierra. Esto era debido a que la materia del planetillo, un metal llamado “dedona”, tenía un peso específico muy elevado. En la superficie de la Tierra, un volumen de un decímetro cúbico de “dedona” pesaría 20.000 kilogramos.

El agua, el aire, los bosques y el sol que iluminaba el mundo interior de *Valera*, eran obra del hombre. En su origen, *Valera* no era más que un planetillo hueco, árido en su exterior, y frío, obscuro y vacío interiormente.

Con la colaboración de la Naturaleza, el hombre había hecho de

Valera la cosmonave más gigantesca del Orbe entero; un pequeño mundo con la facultad de dirigirse a cualquier parte, capaz de viajar por el Universo durante eternidades enteras, impulsado por sus poderosos motores a velocidades astronómicas, mientras sus habitantes vivían plácidamente alojados en amplias y cómodas ciudades donde frecuentemente llegaban a olvidarse de que su mundo estaba moviéndose continuamente por los caminos del espacio infinito.

Un cuerpo de las dimensiones de *Valera,* lanzado a una velocidad de 250.000 kilómetros *por segundo,* era un auténtico bólido en donde todas las maniobras que afectaran a su velocidad y su rumbo tenían que ser previstas con mucha anticipación.

El rumbo, la velocidad, la vida toda del autoplaneta era regida desde esta Sala de Control por dos mil técnicos auxiliados de poderosos medios. Desde este dinámico centro, sentados ante sus consolas y sus baterías de pantallas de televisión, mil quinientos controladores podían vigilar simultáneamente lo que ocurría en los tres mil puntos vitales de todo el autoplaneta. No obstante, la importancia de cada uno de estos puntos podía variar según las circunstancias de cada momento, en cuyo caso se hacían otras conexiones con cualquiera de las 50.000 cámaras emplazadas dentro y fuera de *Valera.*

Las consolas de los controladores formaban círculos concéntricos, intercalados por pasillos, alrededor del llamado "puente de mando". Éste era una plataforma que se levantaba a dos metros de altura en el centro geométrico del gran hexágono, al cual se llegaba por un pasillo de noventa metros de longitud.

El "puente de mando", al cual se accedía por una escalerilla de cristal, era una plataforma circular de diez metros de diámetro rodeada de treinta pantallas de televisión que daban imágenes en color y relieve y formaban a modo de un parapeto de un metro de altura. En el centro estaba la butaca giratoria del Comandante.

Dos eran las características más notables de la Sala de Control. Una era el constante murmullo de avispero formado de mil voces hablando a la vez, aunque en tono bajo. La otra era su deficiente iluminación.

La semipenumbra en que estaba sumergida la Sala de Control, era, no obstante, la apropiada para una mejor visualización, tanto

de los miles de pantallas de TV, como de los millares de pantallas electrónicas de los ordenadores, donde frecuentemente las respuestas aparecían en forma de cifras y letras formadas de puntos luminiscentes.

El Comandante, en el puente de mando, quedaba revestido de la condición de un dios omnipresente. Le bastaba una orden para ver inmediatamente en una de sus treinta pantallas lo que estaba ocurriendo en cualquier lugar del autoplaneta o a bordo de una aeronave que operaba a millones de kilómetros de aquel lugar.

El Comandante de guardia en aquellos momentos era el Almirante don César Aznar, otro de los nietos del Almirante Mayor. Don César bajó del puente para saludar al pie de la escalerilla al grupo que llegaba.

—Bien, César —dijo el Almirante Mayor—. Puedes ir a comer, tu padre tomará tu guardia.

—Son las catorce y cuarenta y cinco minutos —dijo don César—. Voy a quedarme aquí hasta que el crucero entre en contacto a las quince horas.

Miguel Ángel Aznar hizo una seña a su amigo José Luis Balmer, y deslizándose por detrás de don César subieron la escalerilla de cristal hasta el "puente de mando". El piso estaba cubierto de una gruesa moqueta color granate, destacando en el centro la butaca negra.

José Luis Balmer miró a su alrededor por encima de la muralla de pantallas de televisión a la enorme sala.

—Es impresionante —murmuró.

—Tú conocías ya la Sala de Control —dijo Miguel Ángel—. Todo el mundo sabe cómo es y cómo funciona.

—La había visto en las películas, como la mayoría de la gente. Es muy distinto verse aquí, palpar este ambiente, y pensar que desde esta butaca se ha dirigido y ganado las batallas contra la Bestia Gris, la expedición nahumita y los Hombres de Silicio. Por primera vez me doy cuenta de la tremenda responsabilidad que asumieron los hombres que pisaron esta plataforma.

—Hombre, José Luis, espero que eso no sea una adulación… considerando que ellos eran hombres de mi familia. Vamos, parece que el Almirante Mayor se dirige a la Cámara de Derrota.

Los dos cadetes abandonaron la plataforma para seguir al grupo

de almirantes y científicos.

El estrado que sostenía la plataforma del puente de mando tenía una puerta. Por ésta entraron en el espacio hueco que quedaba bajo el puente, lugar de arranque de una amplia escalera de caracol que se hundía en el suelo.

Después de descender un largo tramo de escalera el grupo llegó hasta una especie de vestíbulo. Desde aquí, un corredor de dos metros de ancho les condujo directamente a la Cámara de Derrota.

La Cámara de Derrota estaba alojada en el interior de una esfera de cincuenta metros de diámetro, cuyas paredes estaban formadas por pantallas de televisión hexagonales de dos metros de altura. La misma puerta por donde entraron los visitantes estaba formada por un grupo de cuatro de estos hexágonos. Éstos se movieron sobre unas guías para cubrir el hueco después de entrar el último hombre del grupo, que era Miguel Ángel Aznar.

Al llegar desde el corredor bien iluminado, José Luis Balmer se vio en una repentina oscuridad. Pero pronto sus ojos se acostumbraron a la difusa luz de millares de puntos luminosos que parecían reflejados en las negras paredes de aquella esfera.

Vio entonces que estaban sobre una plataforma de cristal de una transparencia sin mácula. Los puntos de luz que veía a su alrededor, por encima y por debajo, a través de la lámina de cristal, eran las estrellas.

La Cámara de Derrota habría podido recibir también la denominación de planetario. La diferencia consistía en que en un planetario se reproducía por medios artificiales el brillo, la posición y el movimiento de los astros y planetas en la esfera celeste. Pero aquí era de otra manera. Dos mil doscientas setenta y cinco cámaras de televisión, simétricamente distribuidas en la superficie del planetillo, transmitían simultáneamente sus imágenes a las 2.275 pantallas que cubrían el interior de la Cámara de Derrota.

Las imágenes ensamblaban unas con otras con tanta exactitud que no se notaban los solapes, de tal suerte que para el observador situado en el centro de la lámina de cristal, equidistante de todos los puntos de la esfera, la sensación era exactamente la misma que si se encontrara flotando en mitad del espacio.

Esta cámara se utilizaba tanto para obtener una visión de conjunto de cuanto ocurría en el espacio exterior alrededor del

planetillo, como para determinar su rumbo cuando se movía a través de las rutas del cielo.

—¿Y bien, señor Balmer? —preguntó el Almirante Mayor—. ¿Qué le parece? ¿Había estado usted aquí alguna vez, en otra ocasión?

—¡No!

—¿Le gusta?

—Es impresionante —manifestó José Luis—. Realmente tiene uno la sensación de encontrarse allá afuera, flotando en el espacio.

—Solamente que esto es más confortable. ¿No es cierto, señor Balmer? —dijo el profesor Castillo, y se escucharon algunas risas.

—Aquel es el Sol de Nahum —dijo el profesor Valera señalando una estrella de notable brillo en el firmamento artificial de la Cámara de Derrota—. Sabemos que existen once planetas en este sistema, de los que al menos seis reúnen características apropiadas para ser habitados.

En el centro de la Cámara de Derrota se levantaba una pequeña consola como soporte de un micrófono. De allí brotó una sola voz que decía:

—Atención, Cámara de Derrota. Estamos a punto de establecer contacto con el crucero explorador.

—Adelante, envíen aquí la imagen en cuanto la reciban —dijo el Almirante Mayor.

Transcurrieron unos segundos.

—El crucero, ¿iba tripulado? —preguntó Miguel Ángel.

—Naturalmente que no —contestó don Joaquín—. La misión es peligrosa, y no había necesidad de arriesgar ninguna vida… ¡aquí está la imagen!

En efecto, en este momento acaba de iluminarse uno de los hexágonos laterales del interior de la esfera mostrando un cuerno plateado de extraordinario brillo. Era como la Luna en cuarto menguante, prolongando cada extremo del cuerno en forma de halo.

—Ese planeta debe estar cubierto de hielo —observó el profesor Valera—. Su halo parece indicar que existe reflexión de la luz en la atmósfera.

—¡Eh, miren eso! —exclamó una voz.

Del hemisferio en sombras del planeta acababan de brotar

simultáneamente siete delgados rayos azules que se prolongaban uniéndose en un sólo y brillante haz. El rayo formado se estiraba velozmente en el espacio.

—¡Atención! —anunció un oculto altavoz—. Sección de serviolas a Sala de Control. Proyectores en el planeta nahumita lanzan rayo de luz no identificado.

—¿Qué puede ser eso? —preguntó el Almirante Mayor.

Nadie contestó, probablemente porque nadie acertó a dar una respuesta.

—¡Atención! —volvió a hablar el altavoz—. El Rayo Azul se dirige al encuentro de *Valera*.

Junto a José Luis Balmer, el Almirante Mayor pegó un respingo. Rápidamente alargó la mano hacia uno de los micrófonos que estaban sobre la consola central.

—¡Andrés, ordena poner en marcha los motores… rápido!

—¿Qué ocurre? —preguntaron desde el puente de mando.

—No lo sé. Pero no me gusta el aspecto de ese rayo. Ignoramos de qué se trata ni en qué puede afectarnos. Ordena encender los motores.

—Bien, de acuerdo.

—¡A toda su potencia!

José Luis Balmer miró intranquilo a su alrededor. Se preguntó por qué causaba tanta inquietud en el Almirante Mayor aquel misterioso rayo azul. ¡*Valera* era invencible! Ningún rayo podría destruirlo.

Ahora el rayo azul estaba rebasando el área de la pantalla de televisión. Pero inmediatamente hubo una corrección. Desde casi treinta millones de kilómetros el crucero explorador rectificaba la posición de sus cámaras siguiendo la trayectoria del rayo en el espacio.

—Ese rayo se está moviendo a la misma velocidad que nosotros recibimos su imagen —murmuró el profesor Valera como hablando consigo mismo—. No tardará más de sesenta segundos en alcanzarnos.

Todos guardaban silencio. Incluso José Luis Balmer sabía que la pesada mole de *Valera* tardaría casi una hora en acusar el empuje de los poderosos motores de reacción iónica. En todo caso, pensó José Luis, el rayo no afectaría al autoplaneta.

—Probablemente se trate de un rayo Zeta de gran alcance —dijo el profesor Ferrer—. Pero los rayos Zeta no pueden desintegrar la “dedona”.

—Ya quisiera yo estar seguro de que los nahumitas no han encontrado todavía un rayo capaz de romper la estructura molecular de la dedona —murmuró el Almirante Mayor sin apartar la vista de la pantalla.

—Tranquilícese —dijo Ferrer—. Aún en el peor de los casos, ningún rayo Zeta sería capaz de destruir a *Valera*.

El crucero explorador tuvo que hacer una nueva rectificación para seguir la veloz trayectoria del misterioso rayo. Éste iba derecho hacia una estrella que brillaba en el cielo. Aquella estrella era el propio autoplaneta.

—Bien, ahí llega —dijo el Almirante Mayor entre sus dientes apretados.

En efecto, en este momento el Rayo Azul alcanzaba al autoplaneta. Todo un lado de la cámara de derrota pareció estallar en un relámpago azul eléctrico. Esta luminosidad cegadora duró apenas dos segundos. Inmediatamente empezó a debilitarse… se fue apagando… y los hombres que se encontraban en el interior de la esfera quedaron sumidos en total obscuridad.

—¡Hola, puente de mando! —llamó el Almirante Mayor.

Pero no obtuvo ninguna respuesta. Ni siquiera el fulgor de las estrellas había vuelto a las pantallas.

—¿Qué demonios ocurre? —preguntó don Jaime—. Andrés, ¿me escuchas?

Silencio.

—Me parece que nos hemos quedado sin electricidad —dijo Miguel Ángel Aznar—. Es evidente que tenemos alguna avería en la línea de suministro.

—¿Pues por qué no ha entrado en servicio la línea auxiliar? —refunfuñó el Almirante Mayor—. Veamos, ¿alguien lleva cerillas?

Los hombres rebuscaron en sus bolsillos. Alguien rascó una cerilla y se encendió una llamita.

—Vayamos arriba a ver qué ocurre —dijo el Almirante Mayor con acento irritado.

Afortunadamente, los ingenieros que construyeron la “cámara de derrota” habían previsto también la remota contingencia de una

avería o fallo en el sistema eléctrico, dotando a este fin a la puerta de un sistema de apertura manual.

A la débil luz de una cerilla el profesor Ferrer buscó el disimulado resorte en la pared de la cámara. Una presión sobre un botón, un chasquido y un empujón hicieron retroceder a los hexágonos que formaban la puerta. Salieron alumbrándose con cerillas y ascendieron la escalera de caracol.

Al final de la escalera, en el espacio hueco bajo el puente de mando, se encontraron con el Almirante don César que venía alumbrándose con un encendedor de gas.

—¿Falló también la luz en la Cámara de Control?

—Parece que el apagón es general —dijo don César.

—¿Cómo puede haber ocurrido una cosa así?

—Lo ignoro. No funcionan los teléfonos, la radio ni la televisión. Estamos incomunicados con el resto del autoplaneta.

Por la puerta abierta Miguel Ángel Aznar podía ver la Sala de Control donde los controladores quemaban papeles a modo de antorchas.

El Almirante Mayor empujó a un lado a su nieto, salvó la puerta y avanzó unos pasos para detenerse después mirando a su alrededor. El grupo le siguió. La enorme Sala de Control empezaba a llenarse de humo y del acre olor del papel quemado.

—Profesor Ferrer —preguntó don Jaime—. ¿Es posible que ese Rayo Azul haya tenido algo que ver con esta avería?

—La coincidencia es muy sospechosa. El rayo que los nahumitas lanzaron sobre nosotros perseguía evidentemente un fin. No era un rayo desintegrador como temíamos al principio, sino destinado a paralizar el funcionamiento de nuestros generadores eléctricos.

—¡No puedo creerlo! ¿Se da cuenta de lo que eso significaría, caso de ser cierto?

—Sí. Significa que todo ha quedado paralizado en nuestro autoplaneta. La energía eléctrica es el elemento vital que activa este pequeño mundo. Nos impulsa y dirige a través del espacio; nos alumbra, nos calienta y nos provee de alimentos. La energía eléctrica mueve nuestros transportes, impulsa los tres millones de aeronaves de nuestra Flota Sideral, está presente en el radar, la radio y todas nuestras comunicaciones, abre y cierra las compuertas y dirige nuestros torpedos y nuestros cañones. Creo que nos

enfrentamos a un problema grave.

—Grave dice usted —exclamó el Almirante Mayor roncamente —. ¡Significa nuestra ruina!

—¡Pero no es posible que no haya un remedio para esta situación! —protestó el almirante don César.

—Profesor Ferrer —dijo el Almirante Mayor con grave acento—. Usted es probablemente el hombre que más sabe acerca de los fenómenos electromagnéticos. Prométame investigar lo que ocurre y trate de hallar una solución.

—Lo haré, aunque no puedo prometerle nada. Estamos ante un fenómeno desconocido para nosotros. Veremos lo que se puede hacer… —murmuró el profesor Ferrer sacudiendo pesimistamente la cabeza.

El almirante don Andrés Aznar bajaba por la escalerilla del puente de mando y vino a reunirse con el grupo.

—Vuelve al puente —le ordenó el Almirante Mayor con energía —. Quédate aquí y no permitas que nadie abandone su puesto. Si volviera la energía eléctrica pondremos nuestros motores en marcha y trataremos de abandonar esta órbita. El planeta nahumita no puede seguirnos y su maldito Rayo Azul debe tener forzosamente un alcance limitado. Con un pequeño impulso que consiguiéramos, aunque fuera a paso de tortuga, con el transcurso del tiempo lograríamos quedar fuera del alcance del rayo y recobrar nuestra capacidad operativa.

—No me moveré de aquí —prometió el Almirante don Andrés Aznar—, ¿pero adónde vas tú?

—Voy a asomarme a la calle. ¿Alguien tiene una linterna eléctrica?

—Tampoco funcionan las linternas.

El Almirante Mayor dirigió una mirada de sorpresa al profesor Ferrer, movió los labios como murmurando algo, pero no dijo nada. Bruscamente echó a andar a lo largo del pasillo. Aquí y allá ardían hojas de papel retorcido en las manos de los técnicos de la Sala de Control.

Mientras el “superalmirante” abandonaba la sala se escuchaba la voz del almirante don Andrés Aznar ordenando al personal que continuara en sus puestos. Miguel Ángel Aznar y José Luis Balmer siguieron a don Jaime.

Cruzando el vestíbulo y la puerta de cristales por delante de los desconcertados soldados de la Policía Militar, salieron a la gran bóveda que se utilizaba también como aparcadero de automóviles. Desde aquí, una larga y empinada rampa conducía directamente a la Plaza de España y al recinto rodeado de una verja ante el Palacio Residencial. La rampa estaba a oscuras, pero al final de ella, desde la Plaza de España, entraba un leve fulgor rojizo.

La luz procedía del cuerpo de guardia, donde las fuerzas de la Policía Militar habían encendido un pequeño fuego con algunos trapos empapados de aceite lubricante. El comandante del puesto reconoció al Almirante Mayor y salió a su encuentro, pero don Jaime le indicó con un ademán que no quería nada.

Un poco rezagados, detrás de Miguel Ángel Aznar y José Luis Balmer, los almirantes y los científicos subían la rampa hablando entre sí.

Al salir a la Plaza de España el Almirante Mayor se detuvo echando la cabeza atrás para mirar a lo alto. El sol artificial de *Valera* estaba apagado. La urbe entera estaba a oscuras, salvo algunos pequeños fuegos que brillaban aquí y allá de forma aislada.

El grupo que seguía al “superalmirante” salió de la rampa y vino a detenerse detrás de don Jaime. Éste se volvió a mirarles. Nunca un rostro humano había expresado tanta angustia como el del Almirante Mayor en aquella hora dramática.

—¡El sol se apagó también! ¡Estamos inermes bajo ese maldito Rayo Azul! —exclamó.

Miguel Ángel espiaba la expresión del rostro de sus abuelos. La luz era escasa, pero le pareció que su palidez se acentuaba. El grupo guardó silencio inexpresivo, mientras de la ciudad llegaba un sordo rumor de voces.

Los tres millones de habitantes de Nuevo Madrid, ignorantes de cuanto ocurría, protestaban indignados de aquel prolongado apagón.

Para un hombre del carácter de don Jaime ninguna contrariedad podía reducirle a la inactividad total.

—César, trata de reunir en seguida al Estado Mayor General —ordenó.

—Es sábado —le recordó don César—. La mayoría de ellos deben encontrarse fuera de la ciudad pasando el fin de semana en el

campo.

—No importa. Reuniremos a los que se encuentren en Madrid y mandaremos a buscar a los demás.

—Las comunicaciones han quedado interrumpidas. Tampoco funcionarán los trenes, los automóviles y las aeronaves. No tenemos medios para llamarles.

—Bueno —refunfuñó don Jaime—. A menos que sean idiotas comprenderán que algo grave ocurre y regresarán a la ciudad. De cualquier forma hay que reunirles. Temo que nos encontremos ante una situación de suma gravedad. Tú, Joaquín, ve a casa y trata de tranquilizar a las mujeres. Y tú, Luis, quédate con tu padre y colabora en la reunión del Estado Mayor. Yo voy a salir hasta la superficie del planetillo y tratar de ver qué ocurre. Señor Ferrer, ¿podremos hacer funcionar esos ascensores aún sin electricidad?

—Funcionarán hasta en tanto quede aire comprimido en los depósitos.

—Utilizaremos el ascensor de la Plaza de España. Andrés, ocúpate de poner una guardia para que nadie utilice los ascensores de comunicación con el exterior. Los demás pueden acompañarme si gustan.

El grupo se deshizo en dos al echar a andar el Almirante Mayor hacia la puerta de las verjas. Le siguieron Miguel Ángel y José Luis, y los profesores Ferrer, Castillo y Valera.

El centro de la Plaza de España lo ocupaba una gran fuente ornamental. La misma puertecilla de acero inoxidable que conducía a la sala de bombas de la fuente llevaba, unos escalones más abajo, hasta la cabina de uno de los 2.275 ascensores que comunicaban con igual número de observatorios diseminados por toda la superficie exterior del planetillo. La puerta estaba cerrada y José Luis y Miguel Ángel tuvieron que salir en busca del jardinero que cuidaba toda aquella zona para que les diera la llave.

Mientras tanto, iba en aumento la inquietud de los habitantes de la ciudad, y los fuegos se encendían aquí y allí con los escasos elementos combustibles que la gente podía encontrar.

Bajando una escalera llegaron hasta el ascensor. En el cuadro de mandos, el manómetro indicaba que la presión era máxima en los depósitos de aire comprimido en todas las fases del sistema de impulsión. Este tipo de ascensores no utilizaban motores ni cables,

debido a la gran longitud de su recorrido, que oscilaba alrededor de los cien kilómetros. El ascensor era a modo de un pistón que se movía en el interior de un tubo, impulsado por aire comprimido desde una serie de depósitos escalonados a lo largo del recorrido.

Aunque normalmente se manejaba mediante botones eléctricos, existía una trampilla lateral que daba acceso a una válvula provista de llave. El profesor Ferrer abrió la trampilla con ayuda de un cortaplumas, abrió la válvula y el ascensor se puso en movimiento.

CAPÍTULO III

RENDICIÓN INCONDICIONAL

TRAS veinte minutos de viaje, el ascensor se detuvo en suave y progresivo frenado. En otras circunstancias las puertas se hubieran abierto automáticamente, pero en esta ocasión los ocupantes del ascensor tuvieron que empujarlas.

Al salir del ascensor se encontraron bajo una gran cúpula de cristal de cincuenta metros de diámetro que se elevaba a sesenta metros de altura sobre sus cabezas. Por el lado exterior, otra cúpula metálica protegía el cristal dejando una rendija por la que penetraba la mortecina luz del distante Sol de Nahum.

Desde el lugar donde abandonaron el ascensor, una escalera de cristal conducía hasta la plataforma donde estaba instalado el telescopio. Este telescopio apuntaba verticalmente al cénit. Acoplada al objetivo tenía una cámara de televisión, que era una de las que en la "cámara de derrota" contribuían a formar el perfecto mosaico de imágenes que completaban la esfera celeste.

—Lo había olvidado, no podremos descorrer la coraza exterior de "dedona" sin electricidad —dijo el profesor Valera levantando la cabeza para mirar a la alta cúpula.

—No importa, tal vez nos baste con la abertura actual —repuso el Almirante Mayor—. ¿Se puede mover el telescopio a mano?

—Sí, aunque será una tarea larga. La desmultiplicación de los engranajes es muy grande. Tiene que ser de ese modo para mover un telescopio que pesa más de cien toneladas. Sin embargo, no va a ser necesario moverlo. *Valera*, en su giro continuo sobre su eje, nos presentará una perspectiva desde el orto al ocaso en cada una de sus vueltas.

—Tiene razón, discúlpeme. No sé lo que me hago desde que ese maldito Rayo Azul nos dejó clavados —murmuró el Almirante Mayor sacudiendo la cabeza. Y tomó el pasamanos de cristal ascendiendo la escalera hasta la plataforma.

Desde la plataforma, trepando por una escalerilla, don Jaime llegó hasta la jaula del observador, tomó asiento y pegó su ojo al objetivo.

Mientras don Jaime permanecía allá arriba observando a través del telescopio, los que se encontraban abajo podían ver a través de la cúpula de cristal, por la abertura que dejaba la cúpula metálica exterior, como iba cambiando la posición de las estrellas a medida que el planetillo giraba sobre su eje.

Valera daba vueltas constantes sobre su eje, y este movimiento era independiente del movimiento de traslación, que sólo podía conseguirse por medio de sus poderosos motores iónicos.

Comportándose en este sentido como otro cuerpo celeste cualquiera, *Valera* giraba sobre sí mismo por inercia, siempre en el mismo sentido y a igual velocidad. Este movimiento era indispensable para crear una fuerza de gravedad en el interior de aquel pintoresco mundo hueco.

Debido a esta particularidad, la fuerza de gravedad en el interior de *Valera* alcanzaba sus valores máximos en la línea imaginaria del Ecuador, donde la velocidad lineal de giro del planetillo era mayor, y disminuía a medida que uno se alejaba del Ecuador en dirección a los polos.

En los polos la velocidad de giro era prácticamente nula. Allí no existía fuerza de gravedad.

La vida, en el interior hueco de *Valera*, se concentraba en una faja de dos mil kilómetros de ancho sobre la línea del Ecuador. En esta zona de diecinueve millones de kilómetros cuadrados se levantaban las veinte grandes urbes de *Valera*, y allí se hallaban reunidas las aguas de los grandes lagos interiores, que cubrían dos millones de kilómetros cuadrados. En esta área de tierra, de una superficie equivalente a la de toda América del Sur, se desarrollaban los grandes bosques.

A medida que uno se alejaba del Ecuador se advertía un cambio en la vegetación. Los árboles eran más grandes y también se encontraban más distanciados unos de otros. La tierra vegetal se

hacía más escasa, dando lugar a una vegetación de grandes matorrales. Luego aparecía la dura “dedona” cubierta de musgo, que alcanzaba hasta los polos.

Los valeranos habían sabido obtener ventaja de todo. Allí donde no existía fuerza de gravedad estaban las grandes bases de la Armada Sideral. El tenacísimo metal de que estaban hechos los cascos de los navíos, la dedona, no pesaba nada en aquel medio falto de gravedad.

Al menos en este sentido Miguel Ángel Aznar podía sentirse tranquilo, pues aún sin energía eléctrica los poderosos navíos de la Armada Sideral estarían flotando sin daño en el aire.

Esta situación, sin embargo, era poco tranquilizadora. *Valera*, con todas sus fuerzas de ataque y sus defensas intactas, estaba inerme bajo aquel Rayo Azul que paralizaba su tremendo poder ofensivo y defensivo.

—¡Una flota sideral! —gritó de pronto el Almirante Mayor desde su elevado puesto de observador—. ¡Una flota se dirige hacia nosotros!

Inmediatamente don Jaime empezó a descender gateando por la escalerilla. José Luis Balmer y Miguel Ángel le ayudaron en el último tramo.

—¿Puedo subir a ver esa Flota Sideral? —preguntó Miguel Ángel.

—No verás nada. Esa Flota está todavía muy lejos y sólo permaneció unos minutos al alcance del objetivo.

—¿Nahumitas?

—Es imposible apreciarlo a esta distancia. ¿Pero de quién podría tratarse, sino de los nahumitas? De todas formas, en el próximo giro de *Valera* estarán más cerca y tal vez podamos apreciar mejor su número y composición.

—¿Intentarán un desembarco?

—Seguramente.

—¿Qué podemos hacer para rechazarles?

—¿Qué se puede hacer con nuestras defensas reducidas al silencio? —contestó el Almirante Mayor levantando los hombros.

—Somos ochenta millones de valeranos. De ellos, al menos la mitad pueden considerarse combatientes.

—¿Y con qué armas vamos a combatir a los nahumitas, hijo? —

repuso don Jaime con acento de amargura—. Sólo tenemos nuestros fusiles frente a las unidades acorazadas del Ejército Autómata enemigo. En la campaña de la Tierra contra el Ejército Expedicionario Nahumita, ya tuvimos ocasión de comprobar el alto grado de eficacia de sus divisiones robot. En aquella batalla les superamos en número, pero aquí será distinto. Frente a sus misiles atómicos y sus blindados sólo podemos oponer nuestras frágiles corazas de cristal y los pequeños proyectiles de nuestros fusiles. Aceptar un combate en estas condiciones sería lo mismo que enviar a cuarenta millones de valeranos al matadero.

—¡Pero algo habrá que hacer! No vamos a permanecer cruzados de brazos mientras los nahumitas desembarcan y se dedican tranquilamente a volar las compuertas de nuestras esclusas, abriéndose paso hasta el interior de *Valera* —exclamó Miguel Ángel.

—Todas nuestras posibilidades consisten en que ese Rayo Azul se apague, siquiera sea por una hora. En una hora el enemigo no puede forzar nuestras compuertas, pero *Valera* puede adquirir el impulso suficiente para alejarnos hasta más allá del alcance de ese maldito rayo. Esa oportunidad puede presentársenos en el momento que los nahumitas se dispongan a desembarcar. Si nuestras máquinas no pueden operar bajo el Rayo Azul, probablemente a las suyas les ocurre lo mismo. ¿Usted qué dice, señor Ferrer?

El ilustre científico levantó los hombros.

—Ojalá sea como usted dice —contestó—. Sin embargo no debemos forjarnos demasiadas ilusiones. En buena lógica los nahumitas, que tienen el secreto del poder de su Rayo Azul, deben conocer también algún medio para protegerse de él.

El Almirante Mayor dejó caer una larga mirada sobre el doctor Ferrer. Luego empezó a pasear dando vueltas a la base del gigantesco telescopio. Finalmente se detuvo encarándose con Miguel Ángel.

—Vas a regresar a la Cámara de Control —le dijo con expresión ausente—. Le dirás a don Andrés que despache correos a pie o en bicicleta a todos los campamentos militares. Que haga correr la voz en toda la ciudad para que todos aquellos que puedan empuñar un arma se enfunden en una armadura de cristal y reciban un fusil. Que se provea a las fuerzas de abundante munición, de oxígeno y provisiones, y se les despache a la superficie por todos los

ascensores y montacargas utilizables. A don Andrés le dirás que viene sobre nosotros una Flota Sideral nahumita, que esté preparado por si el enemigo retira su Rayo Azul. En el momento que se restablezcan nuestros servicios, si es que eso llega a ocurrir, que ponga en marcha los motores y entren en acción las defensas de superficie.

Miguel Ángel ya iba a alejarse haciendo una seña a José Luis Balmer para que le siguiera, cuando don Jaime le retuvo por un brazo.

—Subid algo de comer y de beber. Esto puede durar horas.

Miguel Ángel le miró a los ojos.

—¿Es una situación difícil, verdad? —murmuró.

—Hijo, ojalá no tengas que verte nunca en un caso parecido.

Miguel Ángel asintió y se alejó seguido de José Luis Balmer. Momentos después, mientras descendían velozmente en el ascensor, José Luis dijo:

—Amigo, tienes una familia admirable. Don Jaime es un hombre extraordinario.

En los veinte minutos que duró el viaje hablaron incesantemente sobre las perspectivas que les deparaba el futuro. Ambos convinieron que la defensa del autoplaneta era imposible sin la aportación de las baterías lanzamisiles de superficie. Pero todo podría arreglarse si, como esperaba el Almirante Mayor, los nahumitas se veían obligados a retirar su fatídico Rayo Azul para desembarcar sus propias tropas.

Valera era una fortaleza inexpugnable en tanto sus defensas de superficie pudieran actuar. ¿Podrían?

El rápido ascensor neumático se detuvo al final del trayecto bajo la fuente monumental del centro de la Plaza de España. Dos hombres de la Policía Militar armados montaban vigilancia junto a la puertecilla de salida a la plaza. Debían haber transcurrido algo más de dos horas desde que tomaron por primera vez el ascensor para trasladarse al Observatorio en la superficie exterior de *Valera*. Miguel Ángel no podía decirlo con certeza, pues su reloj eléctrico, como el de José Luis Balmer, había quedado parado en el momento que se apagaron todas las luces.

La situación no había variado respecto a dos horas antes. Únicamente se advertía mayor número de gente en la plaza. Los

valeranos salían de sus casas para indagar las causas de aquel prolongado apagón. Los rumores eran contradictorios y los ciudadanos sentían aumentar su inquietud y nerviosismo en mitad de esta confusión.

Mientras se abrían paso entre la multitud concentrada ante el Palacio Residencial, podían ver las luces de centenares de fuegos reflejándose en la fachada de cristal del imponente edificio.

La guardia había sido reforzada a lo largo de la verja y en la entrada al subterráneo de la Cámara de Control, la Policía Militar resolvía el problema de la iluminación haciendo arder dos grandes bidones de alquitrán que lanzaban densas y malolientes humaredas. La guardia se negaba a permitir la entrada a Miguel Ángel y a José Luis, quienes tuvieron que esperar largo rato hasta que llegó un oficial que conocía de vista al tataranieto del Almirante Mayor.

Encontraron menos dificultades para penetrar en el vestíbulo de la Sala de Control, gracias a las tarjetas de identidad que todavía conservaban. El vestíbulo, mal iluminado por algunas botellas con las que se habían improvisado quinqués, aparecía lleno de gente.

Un gran número de mandos de alta graduación del Ejército y la Armada charlaban en voz alta. Reinaba una atmósfera calurosa, puesto que tampoco funcionaban los aparatos de renovación de aire, y en general todo el mundo parecía bastante asustado. Por una vez se habían roto las rígidas normas de identificación y la gente iba y venía por donde le daba la gana.

Nadie se opuso a que los dos cadetes entraran en la Sala de Control. Allí los controladores seguían en sus puestos, pero la mayoría estaban de pie hablando con el vecino. Toda la enorme sala era un avispero de conversaciones.

También había un numeroso grupo de altos jefes al pie de la escalerilla del “puente de mando”. Allí encontraron al almirante don Andrés Aznar. Miguel Ángel le transmitió el recado de que era portador.

—¿Don Jaime se propone luchar en la superficie? —exclamó don Andrés.

—El Superalmirante confía en que los nahumitas apaguen su Rayo Azul en el momento de iniciar el desembarco. Si fuera así, no habría problema, nuestras baterías entrarían en acción y se podría rechazar al enemigo. Pero esto no es seguro. Si las máquinas

nahumitas siguen operando bajo el Rayo Azul, nuestras defensas seguirán paralizadas y entonces no tendremos más opción que luchar cuerpo a cuerpo en la superficie —dijo Miguel Ángel.

Un almirante preguntó:

—¿Qué probabilidades tenemos de rechazar un desembarco en la superficie, oponiendo a las fuerzas acorazadas nuestros hombres armados sólo de fusiles?

Y un general de división contestó:

—Ninguna. Los misiles y los cañones de los acorazados enemigos barrerán a nuestros hombres sin remisión. *Valera* es indefendible sin la colaboración de nuestras baterías y nuestra propia Infantería Autómata.

José Luis Balmer dijo sin poder contenerse:

—Esa es una apreciación puramente derrotista. ¿Su Excelencia propone que entreguemos el autoplaneta a los nahumitas sin ofrecer la menor resistencia?

El tono, todavía más que el contenido de la interpelación de José Luis, hizo que todos se volvieran a mirarle. El almirante don Andrés Aznar intervino oportunamente diciendo:

—¿Quién sabe? Tal vez esa flota nahumita sólo se acerque a una distancia respetable para observarnos. En mi opinión es prematuro hablar de una invasión, aunque no estará de sobra que nos prevengamos contra ella. La dificultad está en que no funcionan nuestros servicios de transmisiones, ni siquiera los vehículos. Estamos tratando de organizar un servicio de correos sobre bicicletas, y esperamos que de las demás ciudades surjan iniciativas en el mismo sentido. Pero aún en el mejor de los casos la transmisión de órdenes por este sistema habrá de ser necesariamente lento. Veremos qué se puede hacer.

Los valeranos siempre se habían enorgullecido del tamaño de su autoplaneta, un planetillo de dimensiones parecidas a las de la Luna con una superficie interior equivalente a 28.300.000 kilómetros cuadrados. Ahora las dimensiones de *Valera*, su propia complejidad como nave interplanetaria y máquina de guerra, se volvían en contra de sus habitantes.

El círculo máximo de *Valera* medía 9.000 kilómetros en números redondos. Por lo tanto el punto más distante de Nuevo Madrid se encontraba en los antípodas, a 4.500 kilómetros de distancia, más o

menos, la misma que había entre la costa del Atlántico y la costa del Pacífico de los antiguos Estados Unidos de Norteamérica.

—¿Por qué no establecemos un sistema de telégrafo a base de señales luminosas? —propuso Miguel Ángel—. Las características de nuestro planetillo se prestan a ello. Si tuviéramos en Nuevo Madrid un reflector bastante potente, las señales luminosas que enviáramos desde aquí se verían en todas las ciudades del resto de *Valera*.

—Se está intentando todo, no es inventiva lo que falta en este santo planetillo —repuso el Almirante don Andrés dándole un golpecito cariñoso en la espalda—. Si esta situación se prolonga, incluso llegaremos a tener locomotoras movidas a vapor. Lo peor ha sido la sorpresa. No estábamos preparados para una contingencia de este tipo y va a costar un poco sacudirnos nuestro asombro. Pero *Valera* sobrevivirá a esta catástrofe, seguro. ¿Vais a regresar con don Jaime?

—Sí. Allá arriba van a necesitar agua y comida. La flota nahumita todavía está lejos y aún puede tardar de seis a ocho horas en presentarse ante *Valera*. Pero con el viaje de subida y bajada, los depósitos de aire comprimido del ascensor se han vaciado en su mitad. Ese ascensor sólo podrá hacer otro viaje de ida y vuelta.

—El Almirante Mayor comió bien este mediodía —dijo don Andrés tratando de echar algo de humor en aquella situación tan embarazosa—. Supongo que podrá resistir un par de horas más, hasta que reunamos el mayor número posible de miembros del Estado Mayor para ir todos en un solo viaje. Eso, suponiendo que ese maldito Rayo Azul no nos deje en paz antes y se resuelvan todos nuestros problemas.

Pero don Andrés, como la mayoría de cuantos allí se encontraban, empezaba a dudar de esta posibilidad. En verdad el "Superalmirante" había cometido un tremendo error cuando dispuso parar los motores y fijar la órbita de *Valera* de modo que se mantuviera a treinta millones de kilómetros del más exterior de los planetas nahumitas. Bien que podía alegarse en su disculpa que no existían precedentes de un rayo de tan enorme alcance y tan demoledores efectos, pero al menos como medida precautoria *Valera* debería haber continuado viajando con propio impulso.

Ahora el mal estaba hecho y era inútil lamentarse. Sin embargo Miguel Ángel preveía una dura crítica de la opinión pública contra

la decisión del Almirante Mayor.

Como nada tenían que hacer allí, abandonaron la Sala de Control y salieron al vestíbulo lleno de gente.

—Bien, ¿qué hacemos ahora? —preguntó José Luis.

—Podemos esperar hasta que el ascensor regrese al Observatorio con los miembros del Estado Mayor General. Pero entonces lo más probable es que no quede sitio para nosotros en el ascensor.

—Si me dices eso antes, me quedo allá arriba.

—Podemos llegar hasta el Observatorio por otro camino. A diez o doce kilómetros de aquí, en las afueras de la ciudad, hay un campamento militar de las Fuerzas Especiales comunicado por montacargas con un “disco volante” en el exterior.

—Bien, si sabes llegar hasta allá, ¿a qué esperamos?

Abandonaron el vestíbulo con su atmósfera calurosa y echaron a andar por la larga rampa que conducía a la Plaza de España. Al cruzar por delante del Cuerpo de Guardia pudieron escuchar a un soldado que decía a otro:

—¿Sabes? Una poderosa escuadra nahumita viene sobre *Valera* con intenciones de efectuar un desembarco.

El supuesto desembarco era una posibilidad en la Sala de Control, y una realidad cierta a pocos metros de distancia. Cuando el rumor llegara a la periferia de la ciudad se habría deformado tanto que alguien aseguraría que los nahumitas estaban ya dentro del planetillo.

—Si pudiéramos hacernos con una “bici” —dijo José Luis Balmer.

Pero todas las bicicletas que vieron estaban en manos de la Policía Militar, que se incautaba de todas las que había en la ciudad cumpliendo órdenes del Mando.

Cruzaron la Plaza de España y tomaron por la Avenida del Oeste. Las calles estaban llenas de gente que formaba corrillos. Aquí y allá ardían pequeños fuegos improvisados con papeles, cajas de cartón o ropas viejas empapadas de aceites y grasas. El público, en general, estaba mal informado. Se sabía que el prolongado apagón se debía a un rayo misterioso que los nahumitas habían lanzado contra el autoplaneta, pero a partir de aquí tenían cabida las fábulas más fantásticas y absurdas.

A todo lo largo de la avenida, escuchando al paso los rumores

más contradictorios, los dos amigos alcanzaron el parque que con una anchura de tres kilómetros formaba un cinturón verde en torno a Nuevo Madrid. El Parque, al contrario que las calles de la ciudad, estaba desierto. No brillaba ni una luz y la oscuridad era total.

Miguel Ángel y José Luis arrancaron algunas ramas bajas de los pinos y trataron de hacerlas arder ayudándose con papeles tomados de las papeleras del Parque.

Las ramas no estaban secas y ardían mal, crepitando y formando mucho humo. Pero por este sistema, poco a poco, lograron avanzar si bien que perdiendo mucho tiempo. Finalmente dieron con el sitio donde el ferrocarril suburbano emergía del túnel. De aquí en adelante bastaba seguir la vía férrea para llegar al campamento militar.

Mucho antes de alcanzar el campamento ya podía verse entre los árboles del bosque el resplandor de los fuegos improvisados por los soldados. Estos consistían en su mayoría en barriles de alquitrán y latas de petróleo que ardían arrojando negras humaredas.

Los correos expedidos por el Mando habían precedido a los dos cadetes y las Fuerzas Especiales se preparaban para subir a la superficie exterior de *Valera*. Aunque ante la proximidad de los planetas nahumitas se habían reducido los permisos en todo el autoplaneta, por lo menos la mitad de las fuerzas del campamento estaban ausentes.

En mitad de las prisas y carreras, Miguel Ángel Aznar y José Luis Balmer consiguieron hacerse escuchar de un comandante equipado con armadura completa de cristal, armado de metralleta y pistola.

—De acuerdo, vayan al almacén de pertrechos y que les entreguen armas y armadura —dijo el comandante. Y añadió a gritos cuando ya los cadetes habían echado a correr—: ¡Pero dense prisa porque no vamos a esperarles!

Aunque en circunstancias normales solía escogerse una armadura con sumo cuidado, en esta ocasión los dos cadetes se conformaron casi con la primera que hallaron a mano. Ellos dieron sus tallas al responsable del almacén, éste les miró y fue a buscar dos armaduras que afortunadamente les caían bien.

El traje de combate de las Fuerzas Especiales consistía en una armadura de un cristal especial llamado “diamantina” por su

extraordinaria dureza, complementado con una escafandra del mismo material que ajustaba perfectamente al escote. Este cristal soportaba altas temperaturas, era inatacable a los ácidos y resistía los más duros golpes. Interiormente estaba forrado de espuma de caucho y entre las dobles paredes del torso y cierto abultamiento en la espalda contenía una reserva de oxígeno para doce horas.

Vestidos de cristal de pies a cabeza, cargados con abundante munición y una metralleta en la mano, los dos cadetes salieron corriendo del almacén para reunirse con la tropa que ya estaba formada. Desde la explanada la tropa se dirigió por una carretera a través del bosque.

En este momento empezaba a llover torrencialmente.

El vapor de agua de la atmósfera de *Valera*, al enfriarse tras el apagón del sol artificial, se condensaba en forma de lluvia. Este fenómeno ocurría todas las noches en el autoplaneta y formaba parte de las peculiaridades de este curioso mundo.

Por la carretera, bajo la lluvia, la tropa alcanzó una especie de torre de cemento. De aquí partía uno de los muchos millares de montacargas que comunicaban el interior de *Valera* con la superficie. Posado sobre una depresión circular del terreno, allá en la polvorienta superficie del planetillo, al otro extremo del largo tubo por donde se deslizaba el montacargas, había un transporte de tropas, un gigantesco disco volante de doce kilómetros de diámetro y mil metros de altura.

Este montacargas era mucho más grande que el pequeño ascensor del Observatorio, e igualmente rápido.

En los veinticinco minutos que duró el viaje a través del espesor de la corteza del planetillo, los soldados charlaban entre sí. Les habían ordenado subir rápidamente a la superficie, y nadie sabía para qué. Miguel Ángel explicó lo que ocurría, lo que no contribuyó ciertamente a tranquilizar a la tropa.

—¿Quiere decir, amigo, que vamos a tener que enfrentarnos a los blindados nahumitas sin más armas que nuestros fusiles? —protestó uno.

—Nuestros fusiles utilizan pólvora para impulsar las balas explosivas. Son las únicas armas capaces de seguir funcionando en una total falta de electricidad.

—¡Es de risa! —dijo otro soldado—. ¿De quién fue la luminosa

idea de que podríamos detener a la infantería autómata y los blindados nahumitas? ¡Nos barrerán como una guadaña un campo de coles!

Miguel Ángel no se había dado a conocer como tataranieto del Almirante Mayor, y la verdad fue que se sintió cobarde cuando los soldados descargaban sobre su ilustre ascendiente las más duras críticas.

El montacargas llegó al final de su largo recorrido. Por una escalera la tropa pasó directamente al interior del "disco volante" que cubría con su gigantesca mole aquel y otros diecinueve montacargas iguales.

La tripulación del transporte, a oscuras desde hacía siete horas, incomunicada del resto del mundo, recibió al destacamento ansiosa de noticias. Los quinientos "discos volantes" de la dotación del autoplaneta estaban repletos de máquinas robot; soldados autómatas, máquinas en forma de horribles tarántulas que se movían sobre tres pares de patas metálicas, esferas de "dedona" erizadas de cañones y grandes plataformas volantes provistas de rampas lanza-misiles.

Todo este formidable Ejército permanecía sin embargo paralizado a falta de la energía eléctrica que lo movía. El efecto de este fenómeno sobre las tropas y los mandos, era demoledor y, lo peor de todo, difícilmente asimilable. Nadie quería creer en lo que estaba ocurriendo, ni eran capaces de aceptar la dura y cruel realidad.

Miguel Ángel Aznar fue en busca del comandante del transporte, que era otro Aznar. No se conocían. El apellido Aznar se había extendido en numerosas ramificaciones después de varias generaciones, pero todos procedían del mismo tronco. Sobre la manga derecha el Comandante lucía el emblema del "clan" de los Aznar; un rayo en oro sobre fondo azul celeste encerrado en un círculo rojo, procedente de la antigua bandera de combate del autoplaneta *Rayo*.

El comandante del transporte, un capitán de navío, se puso a disposición del joven cadete en cuanto supo que era el tataranieto del Almirante Mayor. Luego, al tener noticias de que el mismo "superalmirante" se encontraba a corta distancia de allí, en el Observatorio Astronómico, se ofreció a acompañarles para ponerse

a las órdenes de don Jaime.

—La cúpula del Observatorio se levanta a diez kilómetros al Este del transporte. Hay una carreterilla que conduce hasta allí, pero ahora es de noche y no vamos a ver una torta con esta oscuridad. Cenen conmigo y luego salimos juntos. Tenemos bicicletas a bordo, las que utilizamos para hacer ejercicio. En un paseo estamos allí.

Miguel Ángel aceptó la proposición del comandante, sobre todo teniendo en cuenta que hacía ocho horas que no había comido.

Cenaron en el comedor de los oficiales, a la luz de improvisados quinqués de petróleo. El Comandante había dado órdenes para que prepararan un paquete con alimentos y bebidas. Después de cenar Miguel Ángel, José Luis y el Comandante volvieron a enfundarse en sus armaduras de cristal. Tres soldados de las Fuerzas Especiales les acompañarían en la corta expedición.

Para salir al exterior utilizaron una de las esclusas de los botes salvavidas. El aerobote, inutilizado como el resto de las máquinas por falta de electricidad, ocupaba una cámara de treinta metros de longitud y cinco de ancho. La apertura y cierre de las compuertas tuvo que hacerse a fuerza de músculo, haciendo girar una pesada manivela.

Los seis hombres entraron con sus bicicletas en la esclusa y se dirigieron, alumbrándose con un quinqué, hacia la compuerta del fondo de la cámara. Llevaban consigo algunas cuerdas y una escalera de fibra de vidrio.

Mientras los soldados hacían girar la pesada manivela del mecanismo de apertura, José Luis y Miguel Ángel prepararon las cuerdas para hacer bajar las bicicletas. Apenas se produjo una rendija en la compuerta de salida se apagó el quinqué por falta de oxígeno.

Los hombres vestidos de cristal hubieran podido en circunstancias normales comunicarse entre sí a través de la radio individual de que iban provistas las armaduras. Ahora sólo podían hacerlo por medio de señas.

La compuerta se abrió solamente lo suficiente para permitir el paso de un hombre. Amarraron un extremo de la escalerilla a la proa del aerobote que casi ocupaba toda la esclusa, y arrojaron el otro extremo afuera. Un soldado bajó primero para recoger las bicicletas a medida que estas eran descolgadas.

El férreo costado del gigantesco “disco volante” se levantaba verticalmente como un formidable acantilado. Desde la esclusa al suelo quedaban unos 80 metros de altura. El transporte estaba posado en el fondo plano de una depresión circular excavada en el suelo del planetillo. Alrededor del “disco” quedaba como una pista de aproximadamente medio kilómetro de ancho. Más allá, el suelo se levantaba en un empinado talud de unos quinientos metros de altura. Por este talud ascendía una carreterilla de dos metros de ancho.

Uno tras otro fueron bajando los hombres por la escalerilla. El sol nahumita se levantaba entonces por el borde del cráter donde reposaba el “disco volante”. Sus rayos no alcanzaban a proporcionar calor, pero su luz era casi como la de una noche de luna en la Tierra.

Llevando sus bicicletas de la guía, ya que la cuesta era demasiado empinada, los seis hombres remontaron el talud sudando dentro de sus armaduras. Al llegar al final de la cuesta se detuvieron para descansar un momento. Miguel Ángel miró a su alrededor el desolado paisaje, pero todo lo que alcanzó a ver fueron las grises caperuzas erizadas de cañones de las baterías antiaéreas y las rampas para el lanzamiento de torpedos.

Montaron en las bicicletas y pedalearon rápidamente, carretera adelante hasta que vieron a lo lejos la alta cúpula del Observatorio Astronómico. En unos minutos se apeaban de las bicicletas ante la cúpula.

El Observatorio tenía una salida de emergencia al exterior, pero estaba cerrada por una puertecilla de “dedona” de 120 toneladas. Miguel Ángel se encaramó hasta la abertura entre las semicúpulas de “dedona” y llamó dando golpes con la culata de la metralleta en el cristal. Por fin se dieron cuenta de su presencia. El profesor Ferrer le indicó por señas que iba a abrirle.

La apertura de aquella dichosa puertecilla empleó casi media hora. Finalmente Miguel Ángel y sus compañeros pudieron penetrar en una habitación de cuatro metros cuadrados donde encontraron al profesor Ferrer y al profesor Castillo enfundados en sendos trajes de astronauta. Los soldados tomaron de su cuenta la laboriosa tarea de mover las ciento veinte toneladas que pesaba aquella insignificante puertecilla, a base de hacer girar una manivela que a su vez movía

una serie de engranajes largo tiempo sin utilizar.

Una vez estuvo cerrada la puerta, el profesor Ferrer abrió una válvula que insufló aire comprimido en la habitación. Entonces pudieron quitarse las escafandras. El profesor Ferrer mostró su rostro enfadado.

—¡Demonios, Miguelito! ¿No tienes nada mejor que hacer que andar paseándote por ahí afuera?

—Tenía que regresar, pero temí no tener cabida en el ascensor del Observatorio. ¿Llegaron los miembros del Estado Mayor General?

—Hace un par de horas. ¿Y quieres saber una cosa? ¡Nadie se acordó de traer nada de comer! Ni una limonada para remojar la garganta. ¡Oye! ¿No fue a ti a quien don Jaime encargó?…

—Sí, y aquí está la comida —señaló Miguel Ángel los paquetes que traían.

—Vaya, menos mal que al menos uno no ha perdido la chaveta. Con este lío todos parecen locos.

—¿Qué dicen los almirantes y generales?

—Discuten. Parece predominar la opinión de que el autoplaneta es indefendible. Si los nahumitas desembarcan, nadie podrá impedirles que fuercen las esclusas volándolas con explosivos nucleares. Les llevará tiempo, pero lo conseguirán.

En este momento quedaba abierta la segunda puerta. Salieron junto a la puerta abierta del ascensor. Bajo la enorme cúpula del Observatorio discutían un grupo de unos veinte generales y almirantes del Estado Mayor General. El profesor Valera estaba allá arriba encaramado al puesto del observador.

La discusión quedó interrumpida cuando el profesor Valera anunció a gritos:

—¡Atención, la escuadra nahumita a la vista!

Todos se lanzaron escaleras arriba para mirar a través de la abertura que dejaban libre las dos mitades de la cúpula protectora exterior. Miguel Ángel y José Luis siguieron al grupo. No era necesario acercarse al cristal. A medida que *Valera* giraba sobre su eje iban apareciendo nuevas zonas del espacio. Entonces vieron la Flota nahumita.

Estaba muy cerca, a unos cien mil kilómetros quizá. Iluminadas lateralmente por el sol brillaban las aeronaves como una nube de

estrellas. Eran más de un millón de buques y unos trescientos “discos volantes”.

Toda la escuadra daba la impresión de volar rápidamente de occidente a oriente, cuando en realidad era el planetillo quien giraba sobre su propio eje. La escuadra nahumita recorrió todo el arco cenital y se perdió de vista por el lado opuesto.

—Cuando volvamos a verla en el próximo giro estará sobre nosotros —dijo alguien en voz alta.

Los altos mandos se apartaron del cristal para regresar al pie del telescopio. El profesor Valera, que había estado tomando fotografías con una cámara acoplada al objetivo del telescopio, descendió por la escalerilla. Ante la expectación de los almirantes y generales abrió la cámara y extrajo el filme, del que separó la película negra.

Allí estaban las aeronaves nahumitas considerablemente ampliadas por el objetivo del telescopio. Se trataba de largos y esbeltos buques negros, con el llameante sol amarillo del Imperio de Nahum pintado en su costado. Particularmente atrajo la atención de los valeranos el gran tamaño de los transportes. Estos no se diferenciaban mucho de los “discos volantes” de la Armada Sideral Valerana, excepto por ser mucho más grandes, quizá alrededor de veinte o veinticinco kilómetros de diámetro.

—Han traído sus transportes, luego su propósito es llevar a cabo un desembarco —dijo ociosamente un almirante del Estado Mayor.

—Bien, señores —dijo el Almirante Mayor—. Ya es hora de que decidamos algo. En un par de horas más empezarán a bombardearnos. Tal vez convendría poner alguna señal en lugar visible, indicando nuestro deseo de parlamentar.

—Tal vez retiren su Rayo Azul el tiempo justo para comunicarnos sus propósitos por televisión —apuntó una voz.

—Nunca lo harán —contestó el contralmirante don Joaquín, padre de Miguel Ángel—. Ellos saben que en el mismo instante que retiren su rayo entrarán en acción nuestras baterías haciéndoles pedazos.

—¿Cómo vamos a decirles que deseamos conferenciar, si no nos dan la oportunidad de hablar con ellos?

Miguel Ángel recordó que el comandante del “disco volante” más próximo estaba allí, y se lo dijo a don Jaime:

—La cubierta del “disco volante” tiene quince kilómetros de

diámetro. Podríamos escribir un mensaje corto con grandes letras, visibles a distancia, indicando con una flecha este lugar.

—Sí, es una buena idea —aprobó el “Superalmirante”.

El comandante del “disco volante” salió inmediatamente con sus soldados, con el encargo de pintar en grandes caracteres de escritura nahumita sobre la cubierta de su transporte un mensaje que diría:

“PARLAMENTARIOS NAHUMITAS, SIGAN LA INDICACIÓN DE LA FLECHA HASTA LA PRÓXIMA CÚPULA DEL OBSERVATORIO”.

Una hora más tarde, hombres equipados con armaduras de vacío, escribían con pistolas de pintura el mensaje sobre diez kilómetros de la superficie del “disco volante”.

Mientras tanto se seguía discutiendo bajo la cúpula del Observatorio. Se hablaba mucho sin llegar a conclusión alguna, tal vez porque la iniciativa no estaba realmente en manos del Estado Mayor Valerano, sino que dependía de las intenciones de los nahumitas, y estos todavía no habían dicho nada.

La ansiedad iba en aumento a medida que transcurría el tiempo, alcanzando su máxima tensión en el momento que el lejano sol de Nahum volvía a asomar por el curvado horizonte. Minutos después, una negra y estilizada aeronave pasaba en vuelo bajo sobre la cúpula del Observatorio.

—¡Ya están aquí! —exclamó José Luis Balmer pellizcando en el brazo de Miguel Ángel—. ¿Qué ocurrirá?

—Esperemos que vean nuestro mensaje y aterricen.

Así ocurrió. Una escuadrilla de seis buques negros avanzaron lentamente y se inmovilizaron a cierta altura sobre la vertical del “disco volante”, permaneciendo en esta posición largo rato, hasta que apareció otra aeronave, que en vuelo bajo vino a detenerse sobre el Observatorio. La aeronave descendió verticalmente hasta posarse en el suelo, a menos de cien metros de la cúpula.

—Miguelito, ve con tu amigo a recibir a los parlamentarios y guiadles hasta aquí —dijo don Jaime.

Los dos cadetes se calaron sus escafandras y entraron en la cámara cerrando la primera puerta. A fuerza de manubrio abrieron la segunda puerta y salieron al exterior echando a andar en dirección al navío nahumita.

Un grupo de astronautas, enfundados en armaduras negras de

cristal y provistos de escafandra, salieron del buque y se dirigieron hacia el Observatorio. Miguel Ángel les hizo una seña para que le siguieran y les guió hasta la puertecilla de la cámara.

Sólo cinco nahumitas entraron mientras los demás esperaban afuera. Llenos de ansiedad, los miembros del Estado Mayor corrieron hacia la puerta de la cámara para esperar a los visitantes. La puerta se abrió y los valeranos entraron seguidos de los cinco nahumitas. Estos se desprendieron inmediatamente de sus escafandras dejando ver unas cabezas y unos rostros que no diferían en absoluto de las caras de los terrícolas.

Uno de los nahumitas, sobre cuya coraza campeaban las insignias de almirante de la Armada Sideral de Nahum, posó sus ojos orgullosos en el círculo de rostros que le rodeaba.

—¿Quién de vosotros es el comandante de este planeta? —interrogó en lengua nahumita.

Don Jaime Aznar dio un paso hacia adelante.

—Yo soy el jefe de este autoplaneta. Mi nombre es Jaime Aznar.

El nahumita clavó sus penetrantes ojos en la venerable figura del anciano.

—Habláis mi lengua. Pero no sois nahumitas.

—No. Nosotros somos de un mundo lejano llamado la Tierra.

—La Tierra —murmuró el nahumita—. Es extraño que nunca hayamos oído hablar de ella, y todavía más extraño que sin haber tenido contacto con vosotros habléis nuestro idioma.

—Mis antepasados tuvieron relaciones con los tuyos —repuso don Jaime Aznar—. Unos náufragos cósmicos, supervivientes de una gran escuadra nahumita, llegaron hace siglos a nuestro mundo y nos hablaron de su pueblo. De ellos aprendimos vuestra lengua.

—Todo eso es muy interesante. Hubo en efecto una escuadra nahumita que salió en tiempos remotos para buscar y destruir a la Abominable Bestia Gris y no regresó. Mi señor, el Emperador de los Planetas y los Cielos, tendrá mucho gusto en oír de vuestros labios esa curiosa historia. Pero por lo pronto debemos ocuparnos de otra cosa. Mi señor, el Emperador de los Planetas y los Cielos, me envía para conminaros a la rendición.

El Almirante Mayor humedecióse los resecos labios con la punta de la lengua antes de contestar:

—Somos un pueblo libre, portadores de un mensaje de paz y

buena voluntad de la nación terrícola a la gran nación nahumita. ¿Es así como recibe Nahum a sus visitantes? No hubo guerra entre nosotros. ¿Por qué hemos de rendirnos?

—Simplemente, porque sois nuestros prisioneros. Todos los pueblos del orbe gravitan bajo el cetro de mi señor, el Emperador de los Planetas y los Cielos. Todos los mundos conocidos son nahumitas.

—No todos —advirtió el Almirante Mayor palideciendo—. Nuestra nación jamás conoció a la vuestra, y es sin embargo una potencia culta, fuerte e independiente.

—Sólo porque los nahumitas no os conocían —repuso el almirante nahumita con rapidez—. Ahora es distinto. Inevitablemente tendréis que rendiros al poder de mi gran señor, el Emperador de los Planetas y los Cielos. Respecto a este mundo que ocupáis, aunque no lo he visto todavía, creo que está hueco. Un planetillo así, hecho todo él de "dedona", nos conviene a los nahumitas para conquistar los mundos más lejanos.

—Te precipitas mucho, almirante —refunfuñó don Jaime—. Olvidas que estás sobre este autoplaneta en calidad de visitante. No debieras sentirte tan seguro.

—Lo estoy —sonrió fríamente el nahumita—. Nuestros hombres de ciencia examinaron vuestro extraño autoplaneta descubriendo que estaba hecho enteramente de "dedona". Conocemos la "dedona". También nuestros autoplanetas artificiales y nuestros buques de combate están construidos de este metal. Sabemos que si se les arrebata su carga eléctrica, los cuerpos hechos de "dedona" quedan incapacitados para sustraerse a la fuerza de atracción de otros cuerpos. Nuestro Rayo Azul está fijo sobre vosotros y os ha arrebatado toda la energía eléctrica. No podéis moveros. Habéis quedado igualmente incapacitados para luchar.

Don Jaime Aznar palideció bajo la fría mirada del almirante nahumita.

—Disponemos todavía de armas defensivas que funcionan sin electricidad —aseguró don Jaime.

—¡Ah, bien! En tal caso, y si habéis decidido usarlas, podéis empezar a disparar contra mis buques.

Las pupilas del Almirante Mayor centellearon. El nahumita debió leer en ellas, pues dijo despreciativamente:

—Estás mintiendo. Tus armas no pueden combatir contra mis buques. En nombre de mi señor, el Emperador de los Planetas y los Cielos, os conmino a rendiros. Al desembarcar dejé ordenado a mis almirantes que se lanzaran al asalto si no tenían noticias mías en el plazo de una hora.

Don Jaime no contestó. En su cara, blanca como el papel, los ojos oscuros centelleaban como ascuas. Toda la desesperación y la rabia impotente que lucía en aquellas debió comprenderla el orgulloso nahumita.

—Tu corazón está en lo cierto —aseguró—. Estáis vencidos irremisiblemente. Debes pactar una rendición honrosa ahora que tienes la oportunidad.

—Permíteme hacer una consulta con mis compañeros —dijo el Almirante Mayor con voz hosca.

El almirante nahumita hizo una inclinación de cabeza y luego se cruzó displicentemente de brazos dominando con su orgullosa mirada al aturdido Estado Mayor General valerano.

CAPÍTULO IV

EL GIGANTE SE RINDE

DON Jaime Aznar volvióse hacia su Estado Mayor.

—Bien, caballeros —dijo en español—. Ya han oído al nahumita. Ellos no son tontos y se dan cuenta de que estamos prácticamente indefensos ante su Flota. ¿Qué creen que debernos hacer?

Los miembros del Estado Mayor General se miraron unos a otros.

—¡Lo que ese hombre quiere es imposible! —gritó de pronto uno de los generales—. ¿Cómo vamos a rendir a *Valera* con toda su importancia como vehículo interplanetario, con sus defensas intactas, sus tres millones de buques de combate y sus ochenta millones de tripulantes? ¡Y sin haber disparado un solo tiro!

—El hecho de que no se haya disparado un solo tiro en la defensa de *Valera* no puede tomarse en cuenta —repuso el almirante don Andrés—. La rendición sería igualmente amarga aunque antes de entregar a *Valera* resistiéramos unas horas.

—Intentar defendernos sería inútil —dijo don Jaime—. Podríamos tal vez hacer volar en pedazos a *Valera* con todos sus ocupantes. Pero, ¿tenemos derecho a imponer el suicidio a ochenta millones de almas?

—Desde luego, no —repuso el general—. Pero tampoco podemos permitir que el autoplaneta caiga en manos de los nahumitas. Estos lo utilizarían sin duda para llevar la guerra hasta nuestros planetas. Tal vez en nuestro afán por salvar a ochenta millones de valeranos selláramos el cautiverio o la destrucción de muchos miles de millones de hermanos nuestros en la Tierra, en Redención y en todos los planetas habitados por el terrestre. Esta es una cuestión

que debe meditarse despacio.

—En lo que respecta a mí, lo he meditado —aseguró don Jaime con gravedad—. Jamás pasó por mi cabeza la idea de entregar *Valera* a los nahumitas. Lo que se trata aquí es decidir la suerte de sus ochenta millones de habitantes. Respecto al autoplaneta, mi idea es formar varios grupos de voluntarios, gente valerosa dispuesta al sacrificio, que permanezcan ocultos en las montañas hasta que los nahumitas hayan evacuado al último valerano. A su tiempo y por distintos caminos, cada grupo de demolición intentará alcanzar alguno de nuestros depósitos de bombas termonucleares y provocar una explosión que haga pedazos este autoplaneta.

—Eso podríamos hacerlo mejor ahora, antes que los nahumitas ocupen el autoplaneta y pongan vigilancia en todos los depósitos de bombas —propuso un general.

—Por supuesto, éste sería el mejor momento para destruir nuestro planetillo —contestó don Jaime—. La pregunta es, ¿tenemos derecho a decidir los que estamos aquí la vida o el holocausto de ochenta millones de almas?

—Seguramente nuestro pueblo preferirá acabar con el autoplaneta a vivir bajo el yugo de la esclavitud más humillante —dijo otro de los generales—. Es una cuestión que convendría averiguar.

—¿Cómo?

—Preguntando a los propios valeranos, naturalmente.

—¿Hacer una encuesta pública en estas condiciones, sin medios de telecomunicación ni de transporte, con el Ejército de invasión nahumita esperando ahí afuera a que tomemos una decisión inmediata? No, por Dios, eso no es posible. Pero incluso si hubiera sesenta millones de valeranos dispuestos al sacrificio, ¿sería justo arrastrar a la muerte a los veinte millones restantes? Los ochenta millones de valeranos deben abandonar *Valera*. Más tarde, si la cautividad les es insoportable, cada uno será libre de decidir sobre su propia vida. Creo que es la solución más justa.

—Sólo que corremos el riesgo de que los equipos de demolición no alcancen nunca los depósitos de bombas, y el autoplaneta quede en poder de los nahumitas —arguyó un Almirante.

Y otro añadió:

—Eso sin contar lo poco que habremos adelantado en nuestro

intento por impedir que los nahumitas traten de conquistar nuestros planetas. Nos tendrán a nosotros, a usted, a mí y a estos caballeros, a todos cuantos conocemos la ruta que ha seguido *Valera* para llegar a esta galaxia. Los nahumitas nos interrogarán. Nos administrarán drogas hipnóticas y nos obligarán a decir cuanto sabemos. ¿Cómo podremos evitarlo?

—La respuesta es muy sencilla —dijo el Almirante Mayor—. Todos cuantos estamos en el secreto de la ruta que conduce a nuestros planetas deberemos sacrificarnos por el bien de nuestro pueblo. Formaremos en los grupos de demolición o bien ingeriremos un veneno.

Los miembros del Estado Mayor General se miraron unos a otros en silencio. Con ojos desorbitados por el asombro, Miguel Ángel miraba ora a su tatarabuelo, ora a los almirantes y generales. De todo cuanto recordaría después, éste sería el momento más dramático vivido por Miguel Ángel Aznar aquel inolvidable día.

—¡Suicidarnos! —exclamó un almirante—. ¡Eso no es cristiano!

—No hay mucha diferencia entre salir empuñando un fusil para que le maten a uno, o darse la muerte por sí mismo aceptando el sacrificio de la propia vida —dijo el almirante don Andrés—. En este caso morir no es una cobardía, sino la expresión del más alto valor que puede demostrar un hombre.

Siguió un largo silencio, hasta que el profesor Valera dijo gravemente:

—Bien, yo no soy militar, pero acepto el principio de que unos pocos debemos sacrificarnos por el resto de la Humanidad. Con los ojos cerrados podría trazar la ruta que conduce a los planetas de Redención y la Tierra. No me gusta el veneno, de modo que seguiré a los equipos de demolición y saltaré en pedazos al mismo tiempo que este hermoso autoplaneta.

—De acuerdo —dijo el general Ahumada—. Yo no conozco esa ruta y poco podrían sonsacarme los nahumitas, pero entiendo que el autoplaneta debe ser destruido, y no quisiera dejar en manos inexpertas la tarea de hacerlo volar en pedazos.

—Yo iré con los equipos de demolición —dijo otro general.

—Y yo.

—¡También yo!

Uno tras otro, todos los miembros del Estado Mayor, más el

profesor Ferrer y el profesor Castillo, se mostraron dispuestos a aceptar el sacrificio. Los ojos se iluminaron, y como un aura fresca pareció pasar bajo la cúpula disipando todas las dudas y temores.

Don Jaime Aznar sonrió.

—Entonces está decidido —dijo—. Todos cuantos poseen información acerca de la ruta que siguió *Valera* para llegar aquí tomarán sus capsulillas de veneno y desaparecerán para ir a ocultarse en las montañas o los bosques hasta que llegue su hora.

—¿Vendrá usted con nosotros, Excelencia? —preguntó el profesor Ferrer.

Don Jaime negó con lentos movimientos de cabeza.

—No —repuso—. Si yo me marchara con ustedes, este almirante nahumita sospecharía y no se daría punto de reposo hasta dar conmigo. Además, yo soy viejo y de poco podría servirles.

Un profundo y sentido silencio acogió a las palabras de su Excelencia. Don Andrés Aznar se acercó al Almirante Mayor.

—Padre —dijo con voz donde temblaban las lágrimas—. También yo soy viejo. Si me lo permites me quedaré a tu lado.

Don Jaime Aznar puso su tranquila y firme mirada sobre los ojos de su talludo hijo.

—Como tú quieras, Andrés —dijo.

Algo apartado, el almirante nahumita seguía con la mirada los movimientos de los terrícolas sin entender una sola palabra de cuanto estos hablaban.

El almirante nahumita se adelantó.

—Está terminando el plazo fijado —advirtió—. Dentro de unos minutos, si yo no salgo de esta cúpula, mi flota abrirá fuego. ¿Todavía no os habéis decidido?

—Sí. Nos rendimos —dijo don Jaime secamente.

—Habéis obrado sensatamente. Toda resistencia sería inútil. Permitidme salir ahora para dar instrucciones a mis fuerzas.

Don Jaime Aznar indicó cortésmente al nahumita la puerta de la cámara neumática. El almirante se caló su escafandra y salió seguido de dos de sus hombres. Los otros quedaron allí.

—Bueno, amigos —dijo don Jaime—. Ha llegado el momento de separarnos. Los invasores estarán aquí dentro de unos minutos. Bajen a la ciudad, provéanse de alimentos, de “backs” y de armas y corran a ocultarse. Les deseo mucha suerte.

Don Joaquín y don Luis Aznar, nieto y biznieto, respectivamente, de don Jaime, pusiéronse al lado de éste y de don Andrés mientras los miembros del Estado Mayor desfilaban ante el Superalmirante y su hijo. Miguel Ángel Aznar, que junto a José Luis presenciaba la escena, creyó asistir a la despedida de un entierro sumamente curioso. Aquí, los mismos cadáveres se despedían del cortejo fúnebre antes de recorrer los últimos pasos hasta sus tumbas. Como la inmensa mayoría de los allí presentes, Miguel Ángel no llegaba a alcanzar en toda su trascendencia el trágico momento que vivía. El Rayo Azul, el fantástico robo de la energía eléctrica del autoplaneta, la llegada de la flota nahumita, la proposición del almirante enemigo y la discusión del Estado Mayor General se le antojaban un sueño, una pesadilla de la que iba a despertar de un momento a otro.

Sin embargo, los miembros del Estado Mayor continuaban desfilando ante los Aznar y desapareciendo en el interior de la cabina del ascensor. Don Joaquín, don Luis, don Andrés y don Jaime Aznar quedaron solos. Entonces, Miguel Ángel lanzó un grito y corrió hacia ellos.

Se abrazó a su venerable tatarabuelo.

—¡Don Jaime… don Jaime! —sollozó—. ¡Venga con nosotros… venga usted también!

—Cálmate, muchacho —dijo el anciano palmeando cariñosamente la espalda de su tataranieto.

Y diciendo esto, don Jaime Aznar separó suavemente de sí a su tataranieto. El muchacho se arrojó en brazos de don Andrés. Este le estrechó la mano y le rechazó suave y firmemente. Don Joaquín y don Luis estrecharon a los que se quedaban entre sus brazos. Luego, don Joaquín asió a su hijo de un brazo.

—Vamos —murmuró.

Miguel Ángel, don Joaquín y don Luis Aznar echaron a andar hacia el ascensor seguidos del aturdido y abrumado José Luis Balmer. Al llegar a la puerta del ascensor, se volvieron para mirar atrás. Don Andrés y don Jaime les saludaron y luego hicieron enérgicas señas para que entraran en el ascensor.

—Vamos ya, caballeros —dijo el profesor Valera.

José Luis entró en pos de Miguel Ángel. Éste miraba con los ojos llenos de lágrimas a su tatarabuelo y a su bisabuelo. La puerta

corrediza se cerró de golpe, y Miguel Ángel dejó de ver para siempre a sus gloriosos antepasados.

El ascensor pareció caer como un plomo por el tubo que comunicaba la superficie de *Valera* con su interior hueco.

* * *

Tras un descenso de veinticinco minutos, el ascensor se detuvo con un blando choque. Antes de abrir la puerta, don Luis Aznar salió de su mutismo para decir:

—Caballeros. Creo que será mejor que ninguno de nosotros vaya a despedirse de su familia. No es conveniente enterar a las mujeres de nuestros propósitos, ni sería justo arrastrarlas con nosotros en esta misión desesperada. Ellas tendrán más probabilidades de sobrevivir si son evacuadas a los planetas nahumitas. Ahora, al abrirse las puertas, cada cual marchará a su despacho y oficina para destruir todos los papeles que pudieran dar información al enemigo. Nos reuniremos en la plaza de Lepanto dentro de una hora. A ser posible procúrense armas, alimentos y armaduras provistas de “back”. Ni una palabra a nadie de la misión que pretendemos llevar a cabo. Y ahora ¡abran la puerta!

La puerta se abrió. Su contenido se volcó sobre el pasillo y desapareció en las negruras que llenaban la plaza de España. José Luis volvió a quedar solo con los Aznar.

—Miguel Ángel —dijo don Luis entregando unas llaves a su nieto—. Ve a mi despacho y abre la caja de caudales. La combinación es la fecha de tu nacimiento. Saca los papeles que hay dentro y destrúyelos totalmente. Ven a reunirte con nosotros en la plaza de Lepanto, marcharemos por la carretera de Santa Bárbara hacia las montañas. Si ves a la abuela y a tu madre no les digas nada de cuanto ocurre, donde estamos ni qué nos proponemos hacer. ¿Entendido? Pues bien: apresúrate.

Miguel Ángel hizo una seña a José Luis para que le siguiera y echó a correr escaleras arriba. Los ascensores del edificio, por ser eléctricos, no funcionaban.

—¡Ochenta y ocho pisos! —gimió José Luis.

—No es nada. ¡Vamos!

Corrieron escaleras arriba, tropezándose con grupos de oficiales

que iban alumbrándose con antorchas y lámparas de la más diversa manufactura, la mayoría botellas llenas de petróleo en las que habían sumergido mechas.

A la luz de estas ocasionales luminarias los muchachos llegaron al piso 88. El personal de las vastas oficinas continuaba en sus puestos, haciendo corro en torno a las luces. Miguel Ángel les expuso en breves palabras lo que ocurría.

—¡… Hay que quemar todos los papeles! ¡Los nahumitas van a bajar dentro de un rato! ¡El Superalmirante ha ordenado que se destruyan todos los documentos que puedan indicar al enemigo la ruta por la que se va a la Tierra y Redención!

Los oficiales acogieron esta orden con estupor y escepticismo. Un contralmirante, celoso de su deber, se negó en redondo.

—No se tocará un solo papel sin una orden escrita de puño y letra de su Excelencia —aseguró.

Miguel Ángel entró en el despacho de su abuelo con una botella de gasolina en cada mano, abrió la caja fuerte y empezó a sacar papeles. El contralmirante entró en el despacho de don Luis.

—Respecto a lo que usted ha dicho… ¿no hay peligro de que luego nos fusilen por haber destruido los papeles sin una orden en regla?

—¡Váyase al diablo! —rugió Miguel Ángel rociando de gasolina el montón de documentos extraídos de la caja fuerte—. ¡Haga lo que le dé la gana!

El contralmirante marchó, pero poco después se escuchaba el estrépito de los ficheros al ser abiertos y volcados en mitad de las oficinas.

Miguel Ángel salió para ver lo que ocurría. Vio a los oficiales administrativos vaciando cajones, ficheros y gavetas, quemando cuanto papel caía al suelo. Entonces, Estrella entró atraída por el resplandor de las llamas.

—¡Miguel Ángel! —exclamó—. ¿Dónde están los viejos?

—Andan por ahí —repuso Miguel Ángel esquivo.

—¿Por dónde? ¡Dime enseguida lo que ocurre, Miguel Ángel! ¡He oído decir que los nahumitas habían matado al tatarabuelo!

—¡Bah, tonterías! —gruñó Miguel Ángel volviendo a entrar en el despacho.

Miguel Ángel continuó destruyendo papeles. Los quemaba

primero, y luego pateaba las cenizas revolviéndolas a puntapiés. Al cabo de un rato, Estrella entró con ojos espantados. La seguía José Luis. En los ojos de su hermana, y también en la huidiza de su amigo, Miguel Ángel leyó lo ocurrido.

—¡Lo sé todo! —gritó Estrella histéricamente.

Miguel Ángel miró furioso a su amigo.

—¡No tuve más remedio que decírselo! —gimió José Luis abriendo los brazos.

—¡Idiota! —refunfuñó Miguel Ángel. Y volviéndose hacia su hermana dijo—: Sí, es cierto. Nos hemos rendido a los nahumitas, éstos van a entrar en *Valera* y el tatarabuelo y el bisabuelo se suicidarán si el enemigo intenta arrancarles una confesión.

La muchacha se arrojó entre los brazos de su hermano llorando desesperadamente.

—¡Muy bien, majadero! —dijo Miguel Ángel a su amigo por encima de la cabeza de Estrella—. ¡Ahora no hay más remedio que llevarla con nosotros, so pena de que los nahumitas la interroguen y le obliguen a decir que nosotros andamos sueltos por ahí!

—Sí —sollozó Estrella—. ¡Quiero ir con vosotros! ¡No protestaré… no me quejaré…!

—Está bien, Estrella. Vendrás con nosotros, ¿qué remedio?

CAPÍTULO V

EL ÚLTIMO AZNAR

MIENTRAS cruzaban la plaza de España y avanzaban por la avenida del Capitán Fidel, los muchachos tenían que luchar contra los embates de un furioso oleaje humano. Todos los tres millones de habitantes de Nuevo Madrid habíanse arrojado a la calle.

Millares de improvisadas antorchas se agitaban sobre el tumultuoso mar de cabezas. Aquí y allá, sobre el pavimento, ardían bidones de aceite y montones de algodón empapado en grasa. Para iluminar las sombrías calles, los ciudadanos habían vertido gasolina en los estanques, que elevaban rojas llamas como lagos de fuego. El fulgor de estos incendios chisporroteaba sobre las bruñidas fachadas de los rascacielos de cristal.

Los muchachos llegaron al punto de reunión con una hora de retraso. Aún en el caso de que el Estado Mayor les estuviera aguardando, hubiera sido imposible encontrarlo en mitad de aquella confusión. También en la plaza de Lepanto se apretujaba la muchedumbre. Del gran estanque central se levantaban grandes llamas de petróleo.

Alzándose de puntillas, Miguel Ángel lanzó una mirada en torno.

—Es inútil —dijo—. Aunque papá y el abuelo estuvieran aquí no podríamos verles. Vayamos hacia la carretera de Santa Bárbara. Seguramente se habrán marchado y les alcanzaremos.

Nuevamente tuvieron que combatir contra la marejada humana que seguía una dirección contraria. José Luis escudaba con su hercúleo cuerpo a Estrella. Más de una hora les invirtió llegar a los arrabales. De la última hoguera, José Luis tomó un tizón encendido.

Anduvieron con rapidez, volviendo frecuentemente la mirada

atrás para contemplar el fantástico aspecto que ofrecía la ciudad con los altos rascacielos chisporroteando a la luz de las hogueras. Pronto empezaron a encontrarse con grupos de gente que volvían a pie hasta Nuevo Madrid. Estos grupos caían sobre los muchachos ávidos de noticias y les abrumaban a preguntas.

—No sabemos nada… ¡No sabemos nada! —gruñía Miguel Ángel empujándoles a un lado y siguiendo su camino.

No muy lejos de la ciudad empezaron a encontrar a uno y otro lado de la autopista buen número de automóviles eléctricos que habían embestido la valla electrónica o yacían volcados en las cunetas. Los automovilistas habían encendido hogueras, y estos resplandores jalonaban la ruta con sus intermitentes chisporroteos de luz. A veces, los hombres y mujeres reunidos en torno a las fogatas, velaban algún cadáver familiar o asistían a los heridos. Miguel Ángel les preguntó si habían visto pasar a un grupo de hombres que marchaban en dirección a Santa Bárbara.

—Sí —le dijeron unos automovilistas—. Pasaron por aquí hará cosa de hora y media.

Los tres jóvenes continuaron andando por la carretera a buena marcha. Preguntaron un poco más allá con la misma respuesta afirmativa. Evidentemente, el Estado Mayor General pasó por allí.

Llevaban andando dos horas, y Miguel Ángel calculaba que habían recorrido unos diez kilómetros cuando, inesperadamente, el sol artificial de *Valera* se encendió sobre sus cabezas semejante a un globo de fuego.

El súbito cambio de la oscuridad a la radiante luz obligó a los muchachos a cubrirse los ojos con las manos, lanzando una exclamación de asombro.

—¡El sol vuelve a brillar! —gritó Estrella.

—Sí —repuso Miguel Ángel—. Pero esto no es motivo para que nos alegremos, sino todo lo contrario. El restablecimiento de la energía eléctrica significa que los nahumitas están ya en la cámara de derrota del autoplaneta y controlan todo *Valera*. Ahora abrirán las cámaras neumáticas para que entre el ejército de invasión.

Al acostumbrarse a la luz del sol, los muchachos pudieron abrir los ojos. La escena era la misma de siempre, a excepción quizá de la valla eléctrica, rota cerca de ellos por un automóvil despistado. El vehículo estaba abandonado encima de la valla.

—Miguel Ángel —dijo José Luis señalando—. ¿Qué te parece si tomáramos ese coche?

—Si está en condiciones de rodar lo tomaremos.

Corrieron hacia el vehículo. El coche estaba en perfecto estado. Los muchachos lo sacaron a empujones del atasco y lo pusieron en mitad de la carretera. Subieron los tres y Miguel Ángel empuñó el volante poniendo el auto en marcha.

—Conecta la radio, José Luis —murmuró Miguel Ángel—. El tatarabuelo no debe tardar en lanzar su mensaje.

Mientras el automóvil eléctrico zumbaba a lo largo de la autopista, José Luis conectó la radio. No tuvieron que aguardar mucho. Casi instantáneamente se escuchó la voz de don Jaime Aznar.

—¡Oídme, valeranos! Os habla Jaime Aznar, el Almirante Mayor.

Al escuchar la voz de su tatarabuelo, Estrella dejó oír un ahogado sollozo. Su hermano le impuso silencio con una severa mirada. El Almirante Mayor continuó diciendo:

—Hijos míos, es mi deber comunicaros la más triste noticia de toda mi larga vida. De acuerdo con el Estado Mayor General he decidido rendir el autoplaneta a los nahumitas. Somos un Ejército derrotado sin haber luchado. Los nahumitas arrojaron sobre nosotros un rayo de naturaleza desconocida que tuvo la propiedad de anular todo nuestro sistema eléctrico. En estas condiciones era imposible toda resistencia. Nuestra Armada Sideral, las baterías de superficie, nuestros torpedos ni nuestro poderoso Ejército Autómata han podido ser movilizados. Ni siquiera he podido comunicar con el pueblo para informarle de lo que estaba ocurriendo. La vuelta a la actividad no significa que nos hayamos librado de los nahumitas, sino todo lo contrario. Oficiales nahumitas ocupan la Sala de Control de nuestro autoplaneta. Si los valeranos rechazan a los nahumitas, éstos abrirán de par en par las compuertas que nos aíslan del exterior. El aire escapará por esos agujeros perdiéndose en el vacío estelar. Todos morirán por falta de oxígeno… Por lo demás, a los nahumitas les bastará clavarnos de nuevo en su Rayo Azul para sumirnos otra vez en las tinieblas.

El Superalmirante hizo una pequeña pausa. Al volver a hablar lo hizo con emocionada energía.

—Por el presente mensaje ordeno a todos los comandantes de la Armada Sideral que se abstengan de disparar un sólo torpedo. Una batalla en el interior sólo podría conducirnos al aniquilamiento de ochenta millones de hombres, mujeres, ancianos y niños. Sé cuán difícil os será cumplir esta orden… la última que os doy como jefe vuestro. Pero debéis acatarla. Pensad que si hubiera alguna posibilidad de evitar esta catástrofe, por muy remota que fuera, nosotros la hubiéramos visto y puesto en práctica. Obedeced. No ofrezcáis resistencia al enemigo. Dejad que os conduzcan a sus planetas y confiad en Dios. Yo nada puedo hacer por vosotros, pero Dios verá vuestra amargura y vendrá a ayudaros. No perdáis la fe. Rogad a Dios… y acordaos alguna vez en vuestras oraciones de este pobre anciano…

El mensaje del Almirante Mayor terminaba aquí. Un jefe nahumita tomó el micrófono y empezó a hablar en su idioma. La lengua extranjera se difundió por primera vez a través de la atmósfera de *Valera* llegando hasta las antenas de varios millones de aparatos de receptores de radio. El nahumita enumeró fríamente las calamidades que podía acarrear a los valeranos cualquier conato de resistencia. También dictó con rapidez autoritarias órdenes para las distintas flotas que constituían la Armada Sideral valerana. Aquella voz extraña y nasal sonando por un aparato de radio valerano irritó extraordinariamente a Miguel Ángel.

—¡Cierra esa maldita radio de una vez! —gritó a su amigo.

José Luis Balmer apresuróse en cumplir la orden. También en sus labios había una mueca de amargura, y en sus pupilas una luz rebelde. El automóvil rodó por la carretera en mitad del silencio de sus ocupantes, sólo roto por los ahogados sollozos de Estrella. Empezaban a cruzarse con gran número de automóviles que regresaban a Nuevo Madrid. Los ojos lacrimosos de Miguel Ángel oteaban el confín a la espera de ver aparecer el Estado Mayor General.

—Seguramente debieron tomar algunos automóviles abandonados, como nosotros, y nos llevan varios kilómetros de delantera —murmuró José Luis—. ¿No puedes correr más?

—No. Este cacharro no da más de sí.

Continuaron rodando en silencio. Seguían viéndose pasar en dirección contraria automóviles de regreso a la ciudad. A la derecha

apareció un cartel: “Campamento militar de Santa María”.

—Tal vez encontremos allí al Estado Mayor —dijo Miguel Ángel —. Puede que se detuvieran para recoger el equipo militar.

Unos minutos más tarde, el bosque se interrumpía dando lugar a una inmensa explanada en la que se veía multitud de artefactos bélicos rodeando a una ciudad militar.

Mucho antes de llegar, los ocupantes del automóvil podían ver ya el tumulto reinante en la calle principal. Al acercarse más, vieron correr a los soldados de un lado a otro bajo los árboles que formaban una doble fila de verdor a ambos lados del camino. Miguel Ángel frenó la marcha al entrar en el campamento. Una gran gritería llegó hasta él. En aquel momento, los soldados tiraban de una cuerda izando hasta la copa de un árbol un objeto que se bamboleaba grotescamente.

El corazón de Miguel Ángel dio un vuelco. Lo que los soldados estaban colgando era un hombre.

—¿Qué mil diablos hacen esos? —preguntó José Luis—. ¿Se divierten colgando monigotes de los árboles?

Miguel Ángel miró a derecha e izquierda viendo que otros monigotes se balanceaban en los demás árboles. Escuchábanse carcajadas histéricas, gritos y aullidos. Miguel Ángel detuvo el coche junto a un árbol y miró al “monigote” que había visto colgar. Su rostro se cubrió de mortal palidez. La “cosa” que colgaba de la cuerda no era un monigote, sino el cadáver del profesor Valera.

—¡Gran Dios! —chilló José Luis pegando un brinco de sorpresa —. ¡Es el profesor Valera!

Un grupo de oficiales y soldados de ambos sexos rodeó el automóvil. Un círculo de ojos febriles y caras gesticulantes les cercaron. Manos nerviosas tiraron de las portezuelas, atraparon a los muchachos y les sacaron a empellones.

—¡Estos no son del Estado Mayor General! ¡Son cadetes de la Academia Astronáutica!

—¡Paso… paso! —gritaron unos soldados que venían a la carrera, arrastrando tras sí algo que rebotaba sobre el pavimento dejando atrás un rastro de sangre.

Otro nutrido grupo perseguía al primero. Iban armados de garrotes, y con ellos golpeaban al cuerpo arrastrado. Los ojos de Miguel Ángel tuvieron la visión fugaz de un cuerpo humano

destrozado que pasaba a rastras junto a él, seguido de los gritos de los soldados. Aunque el rostro del cadáver era irreconocible, el muchacho creyó reconocer a su padre por los vestidos.

—¡Asesinos! —chilló arrojándose contra los soldados.

La chusma le envolvió en un momento dándole empujones y bofetadas.

—¡Este perro simpatiza con los Aznar! —chilló uno—. ¡Colguémosle a él también!

—¡Mueran los Aznares y quienes simpatizan con ellos! ¡Son unos cobardes traidores!

—¡Linchen a ése como al Estado Mayor General!

—¡Alto, bestias! —gritó el coronel de Infantería—. ¡Hay aquí una muchacha…, atrás! ¡Dejadles volver a su coche!

Los soldados les llevaron en volandas hasta el automóvil, les embutieron en la cabina y cerraron las portezuelas. El coronel introdujo su cabeza por la ventanilla del lado de José Luis, que había ido a parar ante el volante.

—Háganme caso, muchachos —les dijo—. Váyanse de aquí antes que estos locos les linchen también. El mensaje del almirante Aznar les enfureció. Precisamente entonces acababan de llegar aquí don Joaquín y don Luis Aznar acompañados de algunos hombres de su Estado Mayor. Me pidieron armas y equipo, pero en cuanto los soldados les descubrieron, se arrojaron sobre ellos… Anden, váyanse…

José Luis puso el automóvil en marcha. Pasaron por entre un callejón de caras enfurecidas y puños que esgrimían amenazadores. A derecha e izquierda se balanceaban de las ramas de los árboles los cadáveres de aquellos que acompañaban al padre y al abuelo de Miguel Ángel y Estrella. José Luis aceleró alejándose del campamento, y sólo cuando estaban lejos detuvo el coche, al filo de la cuneta.

Estrella Aznar estalló en un gran sollozo. Por encima del respaldo del asiento se abrazó a su hermano.

—¡Dios mío, Miguel Ángel! ¡Los han matado… los han matado a todos!

Miguel Ángel no contestó. En mitad de su cara pálida, los ojos brillaban como dos ascuas. Al cabo volvióse hacia el campamento que quedaba atrás y lo amenazó con el puño cerrado.

—¡Canallas… asesinos! —rugió—. ¡Así correspondéis a los sacrificios que los Aznares han hecho por vosotros! ¡Bestias… malvados… estúpidos!…

Estrella se arrancó súbitamente de los brazos de su hermano y se arrojó de bruces en el asiento posterior lanzando un grito desgarrador. El corazón de José Luis Balmer, que la amaba, se encogió en el pecho dolorosamente estrujado. El muchacho hacía saltar sus ojos de Miguel Ángel a Estrella, y de ésta a Miguel Ángel, sin acertar a hacer ni decir nada. Sentía la boca seca, y un escozor de lágrimas en los ojos. Lanzando una maldición volvió a empuñar el volante y puso el automóvil en marcha.

Junto a él, Miguel Ángel Aznar miraba sin ver a través del cristal parabrisas con una mirada extrañamente fija. Sus labios se movían temblorosos sin pronunciar ninguna palabra. En su cerebro, envuelto en una densa neblina, no cabía la idea de que su padre y su abuelo hubieran muerto linchados como viles asesinos a manos de los mismos por quienes se sacrificaron tantas veces.

"¡Y los han matado!" —clamaba una voz angustiada en su interior—. "¡Los han matado!"

Sus ojos veían balancearse al extremo de unas cuerdas a aquellos que fueran los mejores amigos y colaboradores de los suyos. Veían el cadáver destrozado de su padre… Pero tantas catástrofes a la vez era más de lo que podía soportar su mente. El Rayo Azul, la llegada de los nahumitas, la rendición, el sacrificio del bisabuelo y el tatarabuelo… ¡todo se le antojaba fuera de razón! Dentro de su corazón, el dolor, el estupor y la desesperación chocaban como encontradas olas.

No supo cuánto tiempo estuvo mirando a través del parabrisas. De pronto se dio cuenta de que José Luis detenía el automóvil.

—Miguel Ángel —dijo José Luis con voz enronquecida—. Todo esto es horrible, lo reconozco. Mas no debes dejar que la desesperación y el odio se apoderen de ti. Piensa que, como aquellos que crucificaron a Jesús, estos locos no saben lo que hacen.

Miguel Ángel miró estúpidamente a su amigo.

—Ahí delante hay otro campamento militar —prosiguió diciendo José Luis—. Sería conveniente que nos detuviéramos para proveernos de armas y equipo… y también que, al menos por ahora, ocultáramos tu verdadero nombre. Fue una fortuna que

nadie os reconociera en aquel campamento, pues de lo contrario os hubieran linchado también.

Desde el abismo en que se debatía, Miguel Ángel surgió a la superficie de la vida.

—¿Ocultar mi nombre? ¿Por qué? —preguntó—. ¿Acaso los Aznar han hecho algo indigno?

—Mira, Miguel Ángel —repuso José Luis—. Los Aznares no habéis hecho nada deshonroso. Yo estaba presente cuando el Estado Mayor deliberaba y sé que tu tatarabuelo no podía hacer otra cosa que lo que hizo. Pero la gente no lo cree así. En primer lugar existe una catástrofe nacional que exige una víctima: los Aznares. En segundo lugar, la gente ignora todavía las circunstancias que obligaron a don Jaime a pactar una rendición incondicional. Los valeranos no saben qué clase de medidas hubieran podido tomarse para evitar el desastre. Pero creen "que pudo" evitarse. El tiempo volverá las cosas a su antiguo cauce, y estos locos se arrepentirán de lo hecho. Será tarde, desde luego, pero al menos rectificarán, y el buen nombre de la familia Aznar prevalecerá sobre la locura y la ignorancia de cuantos ahora abominan de vosotros. Créeme, Miguel Ángel. Lo mejor será que tomes otro nombre. Tú eres el último descendiente directo de aquellos Aznares que acaudillaron durante siglos a la nación terrícola. Tú eres un caudillo, Miguel Ángel. No importa que tengas que ocultarte ahora como un malvado. Tal vez lo único que pueda salvarse de la catástrofe de *Valera* sea la continuación de vuestro caudillaje.

—¡Renuncio desde ahora acaudillar a un pueblo estúpido y desagradecido! —aseguró Miguel Ángel.

—Este pueblo era exactamente igual cuando el primer Aznar tomó sobre sus espaldas la tarea de guiarle a través del Cosmos. Desde aquellos remotos tiempos los Aznares habéis sufrido repetidas veces los desplantes y desprecios de aquellos que tanto os deben. Pero ¿y qué? ¿Acaso un padre repudia a su hijo porque el hijo le menosprecia? Este pueblo, bueno o malo, con sus defectos y sus virtudes, es el tuyo. No importa que ahora sientas rencor contra él. El día que el pueblo te necesite tú estarás a su lado.

Miguel Ángel Aznar no contestó. A través del cristal parabrisas miraba sombríamente hacia el campamento de barracones.

—Eres el último de los Aznar —recordó José Luis—. Recuerda

que hemos de destruir el autoplaneta para que el enemigo no pueda utilizarlo en el futuro contra nuestros planetas.

—¡Deje en paz a mi hermano, señor Balmer! —gritó Estrella desde el asiento posterior—. Cuatro Aznares han muerto en este horrible día o están próximos a perecer. ¿No son bastantes? ¿Por qué hemos de ir nosotros personalmente a destruir este planeta? ¡Que vayan los valeranos… vaya usted… vaya quien quiera! ¡Pero deje en paz a mi hermano! Él es el último Aznar. ¿Quiere que muera también al mismo tiempo que este mundo vuela en pedazos?

José Luis sonrojóse y no respondió. En su lugar lo hizo Miguel Ángel:

—Calla, Estrella. No sabes lo que dices. Tanto importa que muramos a la vez que el autoplaneta como que nuestras vidas se extingan en el crepúsculo de un ignominioso cautiverio. Los Aznar somos una raza de hombres libres. Prefiero saltar en pedazos al mismo tiempo que el autoplaneta a morir de tristeza con una cadena en los tobillos. La sombra de mis antepasados me perseguiría eternamente si dejara irrealizada la última de sus voluntades.

Estrella calló.

—Bien —dijo Miguel Ángel señalando al campamento—. ¡Adelante!

José Luis soltó un suspiro y puso el automóvil en marcha.

CAPÍTULO VI

COMANDOS

JOSÉ Luis detuvo el automóvil en mitad del campamento. Movíase por allí gran número de soldados de ambos sexos que discutían acaloradamente y entraban y salían de los barracones de madera embutiéndose en corazas de cristal.

—Esperadme aquí —dijo José Luis—. Yo traeré las armaduras, las armas y las provisiones que pueda conseguir.

Miguel Ángel asintió. José Luis saltó a tierra, cerró la portezuela y echó a andar hacia un grupo de cuatro oficiales que estaban reunidos en torno a un aparato receptor de radio puesto sobre una mesa de campaña.

Al acercarse José Luis, los oficiales volviéronse a mirarle. Uno de ellos era una mujer alta, esbelta, rubia y extraordinariamente bella, en cuyas mangas se veían los distintivos de primer teniente.

—¡Calla! —exclamó la muchacha saliendo al encuentro del recién llegado—. ¿No es éste mi querido primo José Luis?

El joven abrió sus sorprendidos ojos.

—¡Hola, Ángela! —exclamó—. ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces tú por aquí?

—Eso debiera preguntarlo yo, ¿no te parece? —repuso la joven estrechando la mano de José Luis—. Yo, al fin y al cabo, estoy en mi unidad. ¿Pero qué haces tú tan lejos de la Academia?

José Luis miró gravemente a su encantadora prima.

—Oye, Ángela. Quisiera hablar contigo dos palabras aparte. ¿Puede ser?

—¡Oh, desde luego, primo! —rió la muchacha algo sorprendida. Y llevándole aparte preguntó—: ¿Qué tripa se te ha roto, José Luis?

El joven señaló con los ojos al automóvil.

—Acabo de llegar en aquel coche acompañando a un compañero de estudios y a su hermana. Íbamos a pasar el fin de semana en el campo cuando sobrevino el corte de energía eléctrica. El coche se salió de la pista y chocó en la oscuridad contra un árbol. El padre de mis amigos falleció en el acto, y los pobres se muestran desconsolados.

—¡Ah! —murmuró Ángela—. Créeme que lo siento. Ha habido muchos accidentes de esa clase. Aquí hemos asistido a muchos heridos. Pero dime, ¿qué puedo hacer yo por vosotros?

José Luis vaciló haciendo saltar sus ojos del automóvil a la linda cara de su pariente.

—Bueno, Ángela —murmuró—. Sólo se trata de que nos proporciones tres armaduras con sus correspondientes escafandras y “backs”, algunas armas y unas pocas provisiones.

—¿Para qué?

—Hemos escuchado el mensaje del almirante Aznar mientras veníamos hacia aquí. Mis amigos y yo hemos decidido no rendirnos a los nahumitas. Iremos a ocultarnos en las montañas y allí esperaremos hasta que los valeranos hayan sido evacuados. Luego, cuando nos quedemos solos con los nahumitas, intentaremos alcanzar algún gran depósito de explosivos atómicos y hacerlo saltar juntamente con el autoplaneta, ¿comprendes?

Ángela miró fijamente a su primo.

—¿De manera que te propones hacer pedazos el autoplaneta sin más ayuda que la de tu amigo y su hermana? ¡Tú estás loco, querido primo! Se necesitarán algo más de dos hombres y una chica para destruir este pícaro mundo.

—Tal vez encontremos más gente por las montañas —repuso José Luis evasivo—. Tengo entendido que hay mucha gente que no está de acuerdo con esta rendición incondicional. Formaremos un grupo de guerrilleros. Eso es lo que pensamos hacer, y si conoces en este campamento a hombres o mujeres que piensen como nosotros, puedes invitarles en nuestro nombre para que nos acompañen.

Ángela Balmer arrugó su lindo entrecejo.

—Conozco a alguien que también está irritado a causa de esta vergonzosa entrega incondicional —aseguró—. Esa soy yo. Y conozco también a bastante gente deseosa de irse a las montañas y

dar la batalla a los nahumitas. ¿Quieres que les llame?

—¿Son muchos?

—Todo el Regimiento.

José Luis dio un respingo.

—¡Oh, no! —protestó—, demasiada gente. La guerra de guerrillas debe hacerse con grupos pequeños y dotados de gran movilidad. Un grupo reducido bastaría para lo que nosotros nos proponemos hacer.

—Para ser cadete de Astronáutica pareces muy enterado acerca de la táctica terrestre —refunfuñó Ángela—. Bien. En tal caso bastará con pedir voluntarios entre los muchachos de mi Compañía. ¿Te parece bien?

José Luis asintió. Ángela le hizo seña para que le siguiera y le condujo hasta el barracón ocupado por la 5.ª Compañía de tropas especiales. Ángela subióse sobre una mesa y reclamó silencio a gritos.

—¡Atención, chicos y chicas! ¡Aquí, mi primo, ha venido buscando voluntarios para una arriesgada misión! Se trata de formar un grupo de demolición que debe esconderse en las montañas hasta que la población de *Valera* haya sido completamente evacuada. Entonces, ese grupo hará saltar un enorme depósito de bombas atómicas. Se espera que el autoplaneta vuele en pedazos… juntamente con los autores del estropicio, ¡claro está!

Alguien dejó escapar un largo silbido de asombro.

—Yo he pensado que la misión era digna de nosotros —continuó diciendo Ángela—. *Valera* no debe caer en manos del enemigo. Los que quieran venir que pasen a este lado.

Como un solo hombre, los soldados de ambos sexos pasaron al otro lado del barracón. La teniente sonrió.

—¡Ya sabía yo que esto os gustaría más que marchar cautivos a los planetas de los nahumitas! —exclamó. Y contándolos por encima añadió—: Falta bastante gente. Id a buscar a los demás y decidles que vengan aquí. No les descubráis de qué se trata en mitad del campamento. Todo el Regimiento echaría tras nosotros, y esta es una faena para pocos y buenos. Los Valera descubrieron este planetillo; los Ferrer lo habilitaron para vehículo interplanetario; los Castillo fabricaron estos bosques, y los Aznar lo mandaron durante

siglos. La familia del Búfalo nunca pudo distinguirse en ninguna de estas cosas[2]. Durante siglos, los Balmer han pretendido vanamente demostrar que los Aznares eran unos cerdos. Hoy, los Aznares han rendido *Valera* al enemigo sin disparar un tiro. ¡Muy bien! ¡Una compañía de comandos integrada por Balmers hundirá el autoplaneta para que el enemigo no pueda utilizarlo jamás!

Un largo aullido contestó a la arenga de la oficial. Los soldados se dispersaron; unos para salir en busca de sus compañeros, otros para equiparse o correr hacia la Intendencia en busca de provisiones. José Luis, que había palidecido ligeramente, clavó sus ojos asustados en los de su encantadora prima.

—Oye, Ángela —murmuró—. ¡No me digas que tu Compañía está formada exclusivamente de hombres y mujeres que llevan el apellido Balmer!

—Así es, querido —repuso la muchacha henchida de satisfacción y orgullo—. Los Aznar siempre se opusieron a que los Balmer formaran unidades enteras… tal vez temían una rebelión del Ejército. Pero en nuestra condición de Tropas Especiales pudimos burlar la vigilancia “aznarista”. Hay un artículo en las Ordenanzas de las Tropas Especiales que dice: “Se procurará que los soldados de comandos intimen entre sí. Siempre que sea posible, el amigo formará junto al amigo, el pariente junto al pariente. Comerán juntos, se divertirán juntos, dormirán cerca el uno del otro, y cuando entren en combate marcharán unidos.”

—¡Dios mío! —exclamó José Luis.

—¿Qué te pasa, primo? Parece que no te gusta mucho que todos mis soldados sean parientes tuyos —refunfuñó Ángela Balmer.

—¡Oh, no… en absoluto…! Estoy muy contento —aseguró José Luis pensando en Miguel Ángel Aznar.

—Has tenido suerte de que el capitán de la Compañía se encontraba en Santa Bárbara pasando el fin de semana. Si llega a estar aquí no nos hubiera permitido acompañarte.

José Luis asintió. Regresó al automóvil para informar a su amigo de cuanto ocurría.

—Lo malo es —terminó diciendo—, que en la Compañía de mi prima todos son Balmers.

—Los Balmer siempre han sido los soldados más valientes —dijo Miguel Ángel saltando a tierra—. ¿Cómo le has dicho a tu prima

que me llamo?

—No se lo dije todavía, pero podemos llamarte Miguel Ángel Raza, si te parece bien.

Miguel Ángel no contestó. Siguió a su amigo hasta el barracón de la 5.ª Compañía. Muchos soldados se elevaban en el aire provistos de "backs" para regresar a sus casas. Vencido el Ejército, la indisciplina rajaba el sólido instrumento de guerra formado por los Aznar. Los soldados, después del mensaje del jefe del autoplaneta, considerábanse con derecho a reintegrarse al seno de sus familias.

Cuando entraron en el barracón, el número de soldados y sargentos había crecido en torno a Ángela, que estaba luchando con las diversas piezas de una armadura de cristal.

—¡Ah! —exclamó la teniente al verles—. Usted debe de ser el amigo de mi primo. No sabe cuánto siento la muerte de su padre.

Mientras estrechaba la mano de Ángela Balmer, Miguel Ángel miró a José Luis. Éste le guiñó un ojo. La teniente llamó a un sargento para que acompañara a su primo y a Miguel Ángel al depósito de armaduras. Allí, los dos amigos escogieron dos armaduras a su medida y otra para Estrella. Al volver al barracón, la 5.ª Compañía estaba ya enteramente enfundada en sólidas armaduras de cristal. Los soldados iban armados de subfusiles y pistolas, llevando también algunas ametralladoras pesadas, morteros que disparaban bombas atómicas y otro material de campaña.

—Nadie sabe lo que pueda pasar —dijo Ángela señalando el armamento—. Los morteros son irremplazables para batir objetivos situados detrás de una montaña.

Miguel Ángel y José Luis salieron para llevar a Estrella la armadura, la escafandra y el correspondiente equipo volador. La muchacha se adosó las diversas piezas. José Luis estaba sujetándole el "back" a la espalda cuando la 5.ª Compañía de Tropas Especiales apareció por entre los barracones. Ángela Balmer se detuvo lanzando una mirada de curiosidad sobre Estrella.

—Creo que todavía no nos han presentado —dijo sonriendo.

—¡Es verdad! —rió José Luis nerviosamente—. Aquí la teniente Ángela Balmer, prima hermana de un servidor. La señorita Estrella Raza. El subteniente de la Armada Miguel Ángel Raza.

Ángela estrechó la mano de Estrella. Luego volvióse hacia Miguel Ángel.

—Si están listos podemos partir —insinuó.

—Lo estamos.

—Bien, pues en marcha. Volaremos con nuestros “backs” a la altura de las copas de los árboles hacia las montañas de Santa Teresa.

La teniente volvióse hacia sus soldados. Cada uno de estos, encerrado en una armadura y provisto de un “back”, era por sí solo una unidad combatiente perfecta. Los “backs” les permitían elevarse en el aire y volar rápidamente en cualquier dirección. La armadura estaba construida para soportar los más rudos golpes y la escafandra aislaba al individuo del exterior. Dentro de la escafandra, cada soldado llevaba un micrófono y un auricular conectados a un aparato de radio que iba encerrado en la caja de “dedona” sobre la espalda. Como todos los aparatos de radio estaban conectados entre sí, todos podían oír lo que hablaban todos. También llevaban un auricular y un tornavoz que recogía los sonidos que se produjeran a su alrededor, a la vez que les permitía oír su voz sin necesidad de la radio.

Hablando por su aparato de radio, la teniente Balmer dio sus instrucciones a la tropa. Luego, a una orden suya, los 112 hombres y mujeres se elevaron en el aire como una extraña bandada de pájaros.

—¡Adelante a cien kilómetros por hora!

Miguel Ángel reguló el botón que llevaba incrustado en el antebrazo de su armadura de cristal. El eyector atómico que llevaba en la mochila de “dedona” le impulsó hacia adelante con suavidad. Cuando se le daba toda su potencia, aquel eyector desarrollaba una velocidad de más de 1.000 kilómetros a la hora, transformando al que lo llevaba en un auténtico bólido.

Afortunadamente, Estrella, como todos los valeranos, había tenido también una completa instrucción premilitar que le capacitaban no sólo para manejar un “back” sino para disparar una ametralladora o cualquiera otra arma de infantería.

Volando a escasa altura, el grupo dejó atrás el campamento y surcó el aire por encima de un bosque. Las montañas de Santa Teresa se veían a lo lejos a través del tenue velo de la bruma

producida por la evaporación de la humedad del suelo. Una de las particularidades que distinguían al autoplaneta *Valera* de otros mundos habitados era que, por vivir sus tripulantes en el interior de un mundo hueco, la vista tenía un alcance teóricamente ilimitado. Con un buen telescopio un habitante situado en el polo sur podía apuntar el aparato verticalmente en el cielo y ver, más allá del sol artificial que estaba inmóvil en el centro del espacio, las tierras del polo norte, situadas exactamente por encima de su cabeza.

Mientras volaban hacia las montañas veían pasar sobre ellos, a unos 3.000 metros de altura, una flota sideral integrada por hasta un millar de destructores, cruceros y acorazados valeranos. Aquella flota se dirigía rápidamente hacia Nuevo Madrid.

—¡Esos van al encuentro de los nahumitas! —oyó exclamar Miguel Ángel a la teniente por radio—. He oído decir que la Armada se había sublevado en parte y se disponía a dar la cara al enemigo.

—Si esa flota traba combate con los nahumitas, lo más probable es que éstos vuelvan a quitarnos la energía eléctrica —dijo Miguel Ángel—. Creo que deberíamos aterrizar antes de que corten el fluido y nos demos un buen porrazo en tierra.

—Sí, eso será lo mejor —repuso Ángela. Y alzando la voz añadió —: ¡Comandante a Compañía! Aterricen, muchachos. Va a haber gresca entre nuestra armada y los nahumitas, y es muy probable que vuelvan a cortar la corriente.

El comando se hundió en el espacio, pasó entre las copas de los árboles y fue a posarse suavemente en tierra. Casi instantáneamente se escucharon en dirección a Nuevo Madrid unas grandes explosiones cuyo eco repitieron las montañas haciendo estremecer las hojas de los árboles. Al mismo tiempo, rápidos relámpagos de luz muy blanca hicieron parecer mezquina la brillante luz del sol artificial de *Valera*. Los buques valeranos y nahumitas habían entablado combate.

—¡Dios mío! —murmuró Estrella—. ¡La Armada ha desobedecido la orden del Almirante Mayor! ¿Qué ocurriría ahora si los nahumitas abrieran las compuertas de par en par?

—Es fácil de imaginar —repuso José Luis intranquilo—. Todo el aire a presión contenido por *Valera* se escaparía por esos agujeros como el champaña de una botella. Nuestro oxígeno se disiparía en

el vacío estelar. A su vez, el vacío estelar reinaría aquí dentro. El agua de los lagos y los ríos se congelaría instantáneamente. Las plantas, las aves y los hombres morirían por efectos de una temperatura de doscientos setenta y tres grados bajo cero, o sea el "cero absoluto".

—¿Cree usted que los nahumitas dejarán abiertas esas compuertas, señor Balmer?

José Luis no tuvo tiempo de contestar. En este instante el sol artificial de *Valera* se apagó como una gran bombilla eléctrica por efectos de una certera pedrada. Las tinieblas envolvieron al grupo, e instantáneamente los aparatos de radio dejaron de funcionar.

—Bueno —suspiró José Luis—. Los nahumitas prefirieron volver a robarnos la electricidad dejándonos otra vez a oscuras. Ahora, nuestros buques siderales se habrán precipitado a tierra como pedazos de plomo.

El grupo quedó inmóvil y silencioso durante un buen rato. De pronto, un extraño fulgor verdeazulado se filtró por entre las altas ramas de los árboles. Los valeranos echaron las cabezas atrás para mirar al cielo y ver pasar, a unos cuatro mil metros de altura, una escuadrilla de cruceros que volaban envueltos en una especie de aureola verdeazulada. Era aquel halo el que difundía la fantástica claridad.

—¡Son buques nahumitas! —gritó José Luis—. ¡Ellos pueden sostenerse en el aire sin que les afecte el Rayo Azul!

—Ese halo luminoso debe de formar una nube aislante en torno a ellos —apuntó Miguel Ángel—. Ahora se ve clara su maniobra. Nos han tenido con luz el tiempo indispensable para que pudieran funcionar las compuertas y entrar sus buques. Ahora ya no les importa dejarnos a oscuras. Ellos pueden volar donde no pueden volar nuestros buques y alumbrarse con reflectores desde el aire.

—Bueno —murmuró la teniente Balmer—. No vamos a estarnos parados aquí toda la vida. Hay que buscar teas para alumbrarnos el camino.

Los soldados buscaron y cortaron ramas de algunos árboles singularmente ricos en resina. Las encendieron, y a su chisporroteante luz reanudaron la marcha a través del bosque. Ésta se hacía muy difícil a causa de lo accidentado del terreno y el peso de las armaduras y los "backs". Los comandos, sin embargo, no

pensaron ni un instante en abandonar las unas ni los otros. Alguna vez volvería la luz, y entonces, aquellas armaduras y aquellos “backs” podían ser preciosos.

La marcha siguió durante varias horas, sin más interrupción que algunos altos para recuperar el aliento. De vez en cuando veían pasar sobre sus cabezas, semejantes a cometas que dejaban tras sí una pequeña cola de luz, buques siderales nahumitas que se dirigían a cubrir los puntos estratégicos del autoplaneta.

La luz volvió al cabo de quince horas, cuando ya el grupo se encontraba atravesando la fragosidad de las montañas. Lució durante cuatro horas y volvió a marcharse en seguida. Sin embargo, durante el breve intervalo que brilló el sol, los comandos pudieron refugiarse en una cueva, que les salió providencialmente al paso en una angosta y tortuosa garganta.

Al apagarse de nuevo el sol artificial de *Valera*, los soldados encendieron una gran fogata en el centro de la cueva. Luego empezó a llover torrencialmente. El vapor de agua que llenaba el interior de *Valera*, al enfriarse por falta del calor del sol, se condensaba cayendo al suelo en forma de diluvio. Pequeñas cascadas saltaban de peña en peña en la oscuridad e iban a engrosar el caudal de la torrentera. Durante muchas horas, Miguel Ángel y los que con él estaban oyeron el rugido del barranco y el sordo rumor de la lluvia.

La temperatura descendió. El frío se hizo sentir y fue creciendo en las siguientes horas de oscuridad. Ésta duró cuatro días, cuatro largos y eternos días durante los cuales los comandos permanecieron en mitad de las tinieblas, tiritando de frío, castañeando los dientes y mascullando maldiciones. Cuando dejó de llover y salieron en busca de leña, ésta no ardía por estar mojada o ardía muy mal, produciendo tal cantidad de humo que mejor era estar a oscuras y temblando de frío dentro de las duras corazas de cristal.

Cuando al cabo de aquellos terribles días volvió a brillar el sol artificial de *Valera*, los comandos lo celebraron con un aullido y salieron dando cabriolas de la cueva para bañarse llenos de gozo en los dorados y tibios rayos de aquella gigantesca lámpara suspendida en el centro del espacio libre que encerraba por todos lados la corteza del autoplaneta *Valera*.

CAPÍTULO VII

MASACRE

PARA entonces era dudoso que ningún valerano sintiera el afán de salir a combatir a los nahumitas. En realidad, la lucha contra el invasor habíase hecho prácticamente imposible durante estos días.

Los buques siderales invasores, con su capacidad para moverse en un mundo en tinieblas donde la electricidad no existía, cubrieron todos los objetivos principales desembarcando tropas allí donde había una base de la Armada, un campamento militar o un gran depósito de armas.

Al volver la energía eléctrica y brillar de nuevo el sol, los 80 millones de asombrados valeranos pudieron ver cómo su magnífica flota de tres millones de destructores, cruceros y acorazados siderales se elevaba en el aire formando una espesa nube que eclipsaba el sol. Pero los buques no iban tripulados por valeranos. En las horas de oscuridad, mientras los buques permanecían inmóviles en sus bases, los invasores desalojaron de ellos a sus tripulaciones habituales.

Las unidades de la Armada valerana estaban construidas de forma tal que podían operar sin necesidad de tripulación humana. Aprovechándose de esta circunstancia, y moviendo sólo una fila de botones, los nahumitas pudieron controlar a distancia el vuelo de las flotas valeranas, haciendo que sus pilotos electrónicos las condujeran hacia las esclusas de escape para salir al espacio y arrumbar a los planetas de Nahum.

Otro tanto ocurría con las fuerzas acorazadas. Los tanques valeranos, que desde muchos siglos atrás dejaron de adoptar la forma de vehículos rodantes para tomar la de pelotas o esferas de

“dedona” que se movían flotando en el aire, también se mandaban por control remoto. Un pequeño grupo de nahumitas podía por sí solo poner en el aire y pilotar a toda una División acorazada.

Desprovistos de tanques, con su Armada en poder del enemigo y los depósitos de armas controlados, los valeranos no tenían más armas que las ligeras —fusiles y pistolas—, pero incluso estas empezaron a ser recogidas por los nahumitas. Desde la gruta de las montañas, los comandos solían captar frecuentes mensajes radiados que invitaban a las fuerzas armadas y a los civiles en general a entregar sus armas en depósitos señalados a tal fin.

Esta orden fue acatada y cumplida por la inmensa mayoría de los valeranos, mas no por todos. En algunas ciudades, tales como Santa Bárbara, grupos de valeranos armados se lanzaron a las calles arrojándose impetuosamente contra los invasores. La respuesta de éstos a la agresión fue inmediata. Una escuadrilla de cruceros siderales se presentó sobre Santa Bárbara y la bombardeó con proyectiles atómicos. Las victimas pasaron de quinientas mil.

De vez en cuando llegaba hasta los aparatos receptores de los comandos la voz airada de algún improvisado caudillo valerano que incitaba a sus compatriotas a la rebelión, a la destrucción y a la lucha hasta morir. Aquellas voces llegaban desde las montañas y los bosques del autoplaneta, donde buen número de unidades completas de Infantería habían ido a refugiarse llevándose todo su armamento. Los invasores estaban todavía demasiado ocupados en sofocar los disturbios de las ciudades y en cerrar los depósitos de armas para volverse contra estos guerrilleros. Pero Miguel Ángel entreveía ya el día en que, ocupado por completo *Valera*, los nahumitas se dedicarían a la caza sistemática de estos grupos de resistencia.

La vida, en la gruta de la garganta, deslizábase monótona y aburrida. Los soldados hablaban sobre los últimos acontecimientos, y sus comentarios estaban inevitablemente salpicados de maldiciones en las que se invocaban los tormentos más refinados para los “cerdos y cobardes” Aznares, autores de esta catástrofe nacional. Lo que Miguel Ángel sufría por causa de aquel continuo ensañamiento era inimaginable. Cien veces cada hora cruzaba por su mente el pensamiento de abandonar el comando de la bella Ángela, pero siempre le contenía la mirada suplicante de José Luis o

el recuerdo de su tatarabuelo. Nada se sabía de éste. Miguel Ángel pensaba a veces si no había podido suicidarse, y entonces sentíase invadido de un sudor frío. Era sumamente triste y amargo que él, que deseaba con toda su alma la salvación del Superalmirante, tuviera que desear la muerte de éste como única solución para evitar que los nahumitas le arrancaran el secreto de la ruta de la Tierra.

Tres semanas después de haberse iniciado la invasión, uno de los sargentos que la teniente Ángela tenía apostados en la cima de la montaña, desde la cual se alcanzaba a ver muy próxima la carretera, descendió personalmente a la cueva de la barranca. La teniente había prohibido utilizar la radio por temor de que los nahumitas les localizaran con sus radiogoniómetros.

—Mi teniente —dijo el sargento—. Una gran columna de gente desfila por la carretera de Santa Bárbara.

—¿Nahumitas?

—¡Quiá! Son valeranos. Los nahumitas escoltan la columna volando sobre ella y por los lados.

—Deben haber empezado la evacuación —apuntó Miguel Ángel —. Seguramente los concentran en las cercanías de Santa Bárbara para embarcarlos y sacarlos por las cámaras próximas a esa ciudad.

—Siento decirle que se equivoca —dijo el sargento—. La columna no avanza hacia Santa Bárbara, sino que viene de Santa Bárbara y marcha hacia Ciudad Mecano.

—¡Cómo! —exclamó Ángela—. ¿Por qué a Ciudad Mecano?

—Eso es lo que yo no sé —repuso el sargento—. Pero Ciudad Mecano está relativamente cerca y podríamos verla como si estuviera a cien metros con el teleobjetivo electrónico que hemos traído.

Ángela y Miguel Ángel intercambiaron una mirada de perplejidad.

—Vamos allá —dijo la muchacha—. Nos llevaremos el teleobjetivo.

José Luis se unió también a la partida. Se adosaron a las espaldas las mochilas de “dedona”, tomaron cada uno una parte del complicado aparato óptico y, saliendo de la cueva, se remontaron en el aire deslizándose a ras de la escarpada montaña.

Al otro lado del picacho, sobre la ladera que daba a la carretera,

y debajo de un farallón, los comandos habían emplazado su puesto de vigilancia. Mientras los soldados montaban el teleobjetivo, Miguel Ángel empuñó los prismáticos de campaña y los asestó sobre la carretera que serpenteaba a través de la cordillera.

Pudo ver entonces, como si las imágenes estuvieran a sólo un centenar de metros de distancia, a una compacta columna de hombres y mujeres, ancianos y niños, que renqueaban penosamente carretera adelante siguiendo a un automóvil del Ejército valerano en el que iban montados algunos oficiales nahumitas. Soldados nahumitas enfundados en armaduras de cristal y provistos de “backs” revoloteaban arriba y abajo de la columna hostigándola con largos látigos. Aunque la columna procedía de Santa Bárbara, Miguel Ángel adivinó que aquellas pobres gentes llevaban andando mucha más distancia, tal vez días enteros.

Los prisioneros, sucios, rotos y desfallecidos, andaban tambaleándose como ebrios. Los largos látigos nahumitas caían sobre sus espaldas sin que parecieran sentir el dolor. De vez en cuando, una mujer, un niño o un anciano salíanse de la columna para dejarse caer en las cunetas. Inmediatamente, algún soldado nahumita picaba sobre estos desgraciados como un halcón y hacía llover sobre ellos una lluvia de latigazos. Mientras Miguel Ángel miraba, un nahumita estaba azotando cruelmente a una pobre mujer que llevaba un niño en brazos. Un hombre de edad salió de la columna y se abalanzó contra el soldado. Éste retrocedió, desenfundó su pistola y descerrajó de un tiro la cabeza del hombre. Luego volvió el cañón del arma contra la mujer y el niño y disparó dos veces consecutivas dejándoles tendidos en la cuneta. La columna siguió renqueando dolientemente a lo largo de la amplia autopista.

Una oleada de rabia inundó el corazón de Miguel Ángel y puso una neblina sanguinolenta ante sus ojos. Dejó caer los brazos a sus costados.

—¡Canallas! —rugió entre dientes—. ¡Bestias sanguinarias… asesinos!

—¡Virgen Santísima! —exclamó José Luis, que acababa de asestar sus prismáticos sobre la columna—. ¡Los nahumitas conducen a los prisioneros a punta de látigo! ¡Y pensar que el Superalmirante rindió a *Valera* y a sus ochenta millones de

habitantes creyendo que recibiríamos un trato humano del invasor!

Ángela Balmer arrebató los prismáticos de manos de Miguel Ángel, enchufó el cordón de su propia armadura y los asestó sobre la columna. Miguel Ángel, que la observaba, la vio palidecer. La muchacha retiró los prismáticos de sus ojos y miró a Miguel Ángel.

—¡Trato humano de los nahumitas! —exclamó—. ¿Cómo pueden haber gentes tan estúpidas que esperen tal cosa? Sólo una vez tuvimos trato con los nahumitas, pero de entonces sacamos amargas conclusiones. Una flota nahumita llegó a la Tierra en busca de la Bestia Gris, y sin pararse a pensar que en aquellos planetas vivían también millares de millones de seres humanos como ellos, los torpedearon aniquilándolos. ¿Y todavía hablamos de humanidad? Los hombres que concertaron la rendición de *Valera* sabían esto y si se rindieron fue solamente por cobardía.

—¿Estaba usted presente cuando el Estado Mayor General decidió rendirse? —preguntó Miguel Ángel.

—Yo no —repuso la muchacha—. ¿Y usted? ¿Estaba allí?

Los ojos de Miguel Ángel rehuyeron a los de la teniente.

—Tampoco yo estaba allí —murmuró—. Pero es fácil deducir las razones que impulsaron a nuestros jefes a rendir *Valera*. Tal y como estábamos en aquel momento, sin electricidad, sin poder utilizar nuestros buques ni siquiera los torpedos, para los nahumitas hubiera sido relativamente fácil hundir cualquiera de nuestras compuertas. El aire de *Valera* se hubiera escapado por allí y este sol nuestro alumbraría ahora a un mundo sin vida, con ochenta millones de cadáveres.

—¿Y qué? —repuso la joven teniente—. ¿Acaso nuestra suerte va a ser mejor ahora? ¡Mire a esos miles de prisioneros! Imagínese usted que está entre ellos, rendido de fatiga, sufriendo los latigazos de esos salvajes nahumitas. ¿No bendeciría mil veces una muerte fulminante por asfixia o congelación?

—Hay otras cosas que hay que tener en cuenta. Cuando nuestro Almirante Mayor rindió *Valera* lo hizo pensando en las vidas de ochenta millones de valeranos. Tal vez se salven la mitad, pero aún así merecía la pena.

—Sí. Pero, ¿qué clase de vida les espera a estos cautivos? No espere que agradezcan nunca a don Jaime Aznar el favor de la existencia que les ha hecho.

—Vivir no es agradable la mayoría de las veces —contestó Miguel Ángel—. Sin embargo, es Dios quien da la vida al hombre y sólo Dios puede arrebatársela. El Superalmirante no podía arrogarse la facultad de firmar la muerte de ochenta millones de seres.

—¡Fue un cobarde! —aseguró Ángela apasionadamente—. ¡Fue un cobarde, como lo han sido y lo serán siempre todos los Aznar!

Miguel Ángel no contestó. Volviendo la espalda a la teniente tomó los prismáticos de José Luis y volvió a asestarlos sobre la columna. Ángela le dirigió una irritada mirada, se volvió hacia sus hombres y les apresuró para que montaran el teleobjetivo electrónico. Sin embargo, no había verdadera urgencia del aparato. La columna estaba todavía bastante lejos de Ciudad Mecano.

Durante dos horas permanecieron allí viendo cómo la gigantesca sierpe humana devanaba las curvas de la carretera. Toda la columna ocupaba unos 40 kilómetros desde Santa Bárbara a Ciudad Mecano y no daba señales de que fuera a terminar por entonces. Preguntábanse los comandos para qué serían llevados tantos millares de hombres a Ciudad Mecano, siendo así que por las cercanías no existía ninguna esclusa de salida al exterior ni la ciudad bastaba para albergarles a todos, ya que ésta no era más que una ciudad fabril donde se levantaban los gigantescos hornos de fundición de “dedona”.

—Tal vez pasen de largo —insinuó José Luis.

Cuando la cabeza de la columna llegó a Ciudad Mecano, Ángela Balmer apuntó el teleobjetivo contra ella. Lanzó una larga ojeada. Luego se puso en pie e invitó a Miguel Ángel a mirar.

El joven pudo ver Ciudad Mecano, con sus grades hornos de fundición, como a cien metros de distancia. Veía perfectamente entrar a la gente en la ciudad, serpentear entre las fundiciones y desaparecer en un callejón detrás de un edificio. Pero cosa extraña, la columna no volvía a aparecer detrás de aquella fábrica, que no era otra cosa que un colosal horno de fundición.

Sin llegar a comprender aquello, Miguel Ángel apartó los ojos del teleobjetivo para posarlos en los fríos de Ángela Balmer.

—No lo comprendo —murmuró—. La columna entra en un callejón y no vuelve a salir.

—Apunte ahora a la columna que pasa por la carretera. Échele una mirada y dígame lo que ve.

Miguel Ángel obedeció. Si con los prismáticos veía a los prisioneros a sólo cien metros de distancia, con el potente telémetro podía verlos a menos de tres. Durante unos minutos vio deslizarse ante el teleobjetivo figuras dolientes de ancianos, mujeres y niños. En aquellos rostros podía leerse la mortal fatiga que les dominaba. Vio asesinar a un anciano que se había tendido en la cuneta. Los nahumitas le dispararon sus fusiles a quemarropa deshaciéndole la cara.

—¿Qué ve usted? —preguntó Ángela.

—Lo mismo que antes. Hombres y mujeres y niños. Dos soldados nahumitas acaban de matar a un anciano.

—¿No es cierto que todos los hombres y mujeres de esa columna parecen tener más de cien años de edad y los niños menos de catorce?

Miguel Ángel cayó entonces en la cuenta de este detalle. Se irguió para mirar a la teniente interrogante. Ésta señaló hacia la ciudad.

—Los nahumitas, ciertamente, van a evacuar parte de la población de *Valera* —dijo—. Pero solamente a los hombres y mujeres jóvenes y fuertes. Los ancianos por su edad y los niños por demasiado jóvenes, están condenados al exterminio. Mire usted a Ciudad Mecano, señor Raza. Vea cómo los cautivos entran en un callejón que no se acaba de llenar nunca. ¿No adivina por qué? Los nahumitas están metiendo a la columna dentro de aquel gigantesco horno de fundición.

—¡Cielos, no! —exclamó roncamente Miguel Ángel—. ¡No es posible… es demasiado horripilante para ser verdad!

Ángela Balmer se encogió de hombros. Miguel Ángel saltó sobre el telémetro y volvió a asestarlo sobre Ciudad Mecano. La columna de prisioneros continuaba entrando en el callejón sin que reapareciera un solo hombre. El cielo, por encima de la ciudad, estaba limpio y sin mácula. Pero esto no tenía nada de extraño, porque las instalaciones de Ciudad Mecano limpiaban el humo de las partículas de hollín antes de lanzarlo al aire.

El joven esperó durante quince minutos con la vana esperanza de que el edificio se llenara y la columna reanudara el camino. Pero nadie aparecía luego que los prisioneros entraban en el edificio. La verdad se le ofreció con toda su horrible realidad. Millares y

millares de hombres y mujeres ancianos y de niños estaban siendo empujados hacia aquel insaciable horno que se los tragaba con voraz indiferencia.

Al dejar el teleobjetivo y erguirse bajo el farallón, las rodillas le temblaban negándose a sostenerle. La fría mirada de Ángela cayó sobre él.

—¡Qué! ¿Sigue creyendo que los Aznar hicieron bien rindiendo *Valera*? —preguntó.

—Cuando los Aznares rindieron *Valera* no podían imaginar que fuera a ocurrir esto —repuso Miguel Ángel—. Reconozco, sin embargo, que se equivocaron. Se equivocaron lamentablemente al atribuir a los nahumitas los mismos sentimientos humanitarios que nos distinguen a nosotros. Pero ellos están muertos y no pueden rectificar. Nosotros, sí. Nosotros estamos aún con vida y debemos remediar esto antes que sea tarde.

Las grises pupilas de Ángela Balmer se clavaron en las de Miguel Ángel.

—¿Qué es lo que está pensando? —preguntó.

El joven tardó un momento en contestar.

—Todavía estamos a tiempo de rectificar nuestro error. Usted dice que *Valera* debió resistir hasta que quedara un hombre en pie, autodestruyéndose luego para remedar la gesta de las inmortales Numancia y Sagunto. Pues bien; todavía podemos hacerlo.

—¿Sí? ¿Y cómo?

—Usted, yo y estos muchachos podríamos deslizamos al hurto hasta Nuevo Madrid, asaltar la Sala de Control del autoplaneta y hacernos fuertes allí.

—¿Para qué? ¿No es más seguro continuar con nuestro primitivo proyecto de apoderarse de un depósito de bombas atómicas y hacerlas estallar a la vez?

—Sí, pero hay mucha diferencia entre alcanzar uno u otro objetivo. Apoderándonos de un depósito de bombas no podemos aspirar a más que a destruir el autoplaneta.

—¿Es que no le parece bastante?

—No. En primer lugar debemos salvar a *Valera* y a sus habitantes. En segundo lugar, y si lo primero no es posible, intentar destruirlo.

—Pero ¿cómo quiere usted rescatar a *Valera* si nuestros buques

están en manos de los nahumitas y los nahumitas dentro de *Valera*?

—Si nosotros nos apoderamos de la cámara de derrota del autoplaneta, la armada volvería a nuestras manos —repuso Miguel Ángel rápidamente—. Recuerde que nuestros buques pueden controlarse a distancia, pero tenga presente que estos controles no consisten en gran número de botones y palancas, sino que las instrucciones se dan a las tripulaciones electrónicas de viva voz. Esto es lo más interesante, porque nuestros buques sólo obedecen a las órdenes dadas en castellano. Los nahumitas no hablan nuestra lengua. De esto se infiere que hay en la cámara de control situada bajo Nuevo Madrid cierto número de valeranos que manejan nuestra Armada sirviendo de intérpretes a las instrucciones que les dictan los nahumitas. Si nosotros entramos en esa sala por sorpresa y matamos a los nahumitas, bastará que demos algunas órdenes ante unos micrófonos para que la Armada, donde quiera que esté, se rebele contra los nahumitas y trabe con ellos una feroz batalla. Otro tanto ocurre con las divisiones acorazadas que continúan todavía en *Valera*. Nuestros tanques se volverían contra las tropas nahumitas a una orden nuestra. Las fuerzas aéreas y las tropas nahumitas que se encontraran en *Valera* cuando nosotros cerráramos las compuertas, no sólo no podrían escapar, sino que, con toda probabilidad, serían derrotadas por nuestras fuerzas.

—Todo eso es muy interesante —repuso Ángela Balmer—. Sólo nos falta saber una cosa. ¿No volverían a robar la energía eléctrica los nahumitas con ese Rayo Azul que según se dice tienen?

—Los nahumitas nos asestarían su rayo apenas tuvieran noticia de nuestra rebelión, pero podrían tardar algún tiempo en enterarse. Si dispusiéramos de una hora ¡sólo una hora! bastaría para que los motores de *Valera* arrancaran al autoplaneta de su órbita y le imprimieran un impulso que ya no se detendría. Aunque los nahumitas nos asestaran de nuevo su Rayo Azul y se pararan nuestros motores, *Valera* seguiría alejándose de ese planeta donde tiene su base el proyector. El rayo de los nahumitas debe tener un alcance limitado, esté donde esté ese límite. Luchando y con tiempo podríamos librarnos del Rayo Azul y recuperar toda nuestra combatividad.

—¿Y si nos dejaran a oscuras antes de poder mover a *Valera* de su órbita?

—Entonces, volveríamos a estar como estábamos cuando nuestro Estado Mayor General pactó la rendición. Con las compuertas cerradas los nahumitas que estuvieran dentro no podrían salir y los que estuvieran fuera tardarían bastante en entrar. Probablemente tendríamos tiempo para hacer estallar algunas bombas de hidrógeno.

Ángela Balmer volvióse a mirar a sus soldados. Éstos sonreían de oreja a oreja con una lucecilla regocijada en las pupilas.

—Su plan es tentador, señor Raza —dijo la muchacha—. Lo malo será que si fracasamos en el intento de llegar a la cámara de control no es fácil que volvamos a tener ocasión de volar un polvorín.

—Eso es cierto —repuso Miguel Ángel—. Sin embargo, merece la pena correr el riesgo. De todas maneras creo que habrá por las montañas y los bosques más de un grupo de guerrilleros cuyos ojos estén puestos codiciosamente en un depósito de bombas. Si nosotros caemos en nuestro intento, alguien llegará hasta esos polvorines y los hará estallar.

Ángela Balmer volvió a mirar a Miguel Ángel con una expresión admirada en sus grises pupilas.

—¿Sabe lo que le digo, señor Raza? —murmuró—. Posee usted unas dotes de mando y organización poco corrientes. Entre sus antepasados debe de haber algún Balmer.

Miguel Ángel Aznar sonrió.

—¡No! —dijo—. Que yo sepa no hubo nunca ningún Balmer en mi árbol genealógico.

—Bueno; para el caso es igual. Su plan me parece estupendo y creo que también a mis muchachos les complace.

Los soldados que se encontraban bajo el farallón asintieron con profundos movimientos de cabeza.

—Volvamos a la gruta para exponer el asunto a los demás —invitó Ángela—. Si todos están de acuerdo, podemos empezar en seguida. Cuanto antes mejor.

Miguel Ángel y José Luis lanzaron una última mirada sobre la interminable fila de prisioneros y echaron detrás de la teniente.

CAPÍTULO VIII

AMBICIOSO PLAN

AL llegar a la cueva, la teniente Balmer expuso a su tropa el nuevo plan de Miguel Ángel. Los hombres y mujeres se mostraron entusiasmados y dispuestos a emprender la marcha en seguida.

—Hay algo en lo que no habíamos pensado, señor Raza —dijo Ángela arrugando su lindo entrecejo—. ¿Cómo vamos a entrar en Nuevo Madrid con nuestras armaduras y nuestras armas?

—He pensado en ello —repuso el aludido—. Nos acercaremos a la ciudad a través del bosque y la contornearemos hasta el río San Juan. No sé si sabrá usted que las cloacas de Nuevo Madrid desembocan en ese río. Remontándolo hasta el canal de desagüe y por el canal subterráneo arriba, podemos entrar en Nuevo Madrid y aún situarnos debajo de la plaza de España, si hay suerte.

La rubia teniente miró a Miguel Ángel llena de admiración.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡A usted no se le escapa detalle!

Miguel Ángel no contestó, pero se sonrojó ligeramente. José Luis Balmer corrió a ocultar su sofocada risa en el fondo de la cueva.

Inmediatamente, el comando hizo sus preparativos para salir. Una hora más tarde, el comando abandonaba la gruta y se deslizaba a lo largo de la tortuosa garganta. Un crucero sideral nahumita pasó sobre ellos obligándoles a buscar apresurado refugio bajo la visera que formaba una roca salediza.

El crucero enemigo, al parecer, estaba buscando a los guerrilleros valeranos.

—No han tardado mucho en podernos dedicar su precioso tiempo —comentó José Luis mientras permanecía cuerpo a tierra—. La vida de los grupos de resistencia va a hacerse francamente

desagradable a partir de ahora.

El crucero se alejó. Los comandos aguardaron un rato por si volvía y luego reanudaron la marcha. Siguiendo la torrentera fueron dejando atrás los picachos para pasar entre los contrafuertes de la cordillera y alcanzar los diseminados árboles del principio del bosque. El hecho de que el sol artificial de *Valera* brillara continuamente alumbrando un día eterno dificultaba su misión. En cambio, tenían de su parte el espeso manto protector de los grandes bosques.

Mientras descendían de las lomas para internarse en el bosque vieron a lo lejos una escuadrilla de acorazados valeranos que volaban lentamente hacia Nuevo Madrid.

—Los nahumitas deben estar utilizando nuestra flota para evacuar a los valeranos a sus planetas —apuntó Miguel Ángel señalando aquellos buques.

La flotilla se perdió tras el velo que formaba el vapor de agua de la atmósfera y el comando prosiguió su rápida marcha adentrándose en el bosque. Pronto los exuberantes árboles formaron una techumbre de verdor por encima de sus cabezas.

Torciendo hacia la derecha cruzaron rápidamente la autopista que conducía a Santa Bárbara para dar un rodeo y alcanzar el río San Juan unos kilómetros más abajo de la capital de *Valera*. La marcha ahora se hacía difícil a causa de lo espeso del bosque. No andaban, sino que se deslizaban por entre los troncos a dos metros de altura sobre la maleza, contorsionándose para evitar los choques con los troncos.

Elevándose y asomando las cabezas por encima de las copas podían ver ya el chisporroteo del sol sobre las fachadas de los esbeltos rascacielos de Nuevo Madrid. Poco después el bosque se interrumpía con brusquedad para dejar paso al río San Juan. El río no era muy ancho, porque en *Valera* no existían temporadas de lluvia ni grandes avenidas, pero era bastante profundo y sus aguas negras bajaban arrastrando las inmundicias de la gran ciudad.

Los comandos no se asomaron al río, sino que lo siguieron sin abandonar el bosque hasta que, unos kilómetros más arriba, encontraron el canal de desagüe de las cloacas de Nuevo Madrid. El comando se acercó sigilosamente al canal, miró a derecha e izquierda y no viendo a nadie se dispusieron a sumergirse en las

negras aguas.

Para este efecto, el “back” era tan precioso como para surcar el aire. Los hombres provistos de este equipo podían navegar sumergidos a respetable profundidad. El eyector atómico que llevaban a la espalda funcionaba también bajo el agua, a condición de que hubiera asomado sobre la superficie el cabo de una antena sostenido por una diminuta e invisible boya de cristal.

Los comandos se aseguraron de que las escafandras cerraban herméticamente, avanzaron por el borde del canal y se dejaron caer de pies en el agua. Entre ellos, Miguel Ángel se sintió bajar y tocar con los pies el limo del fondo. Entonces dio una talonada y adoptó una postura horizontal. Soltó la boya que sostenía la antena. El receptor de ondas energeléctricas encerrado en la caja de dedona empezó a funcionar. Miguel Ángel abrió el regulador y el reactor atómico le empujó hacia adelante a una velocidad de 10 kilómetros por hora.

Los rayos del sol, atravesando las turbias aguas, formaban en torno a los submarinos humanos un vagoroso crepúsculo. Manteniéndose en el centro del canal, el grupo navegó sumergido hasta que se vieron envueltos en tinieblas. Era que habían llegado al punto donde el canal se hacía subterráneo.

Aquí ya podían navegar sobre la superficie de las aguas. Salieron del fondo, encendieron las linternas eléctricas que cada hombre llevaba en el frontis de su escafandra y aumentaron su velocidad a 25 kilómetros por hora, hendiendo las negras aguas como torpedos.

La larga excursión terminó cuando el foco de luz del reflector de Miguel Ángel hizo brillar la cortina de agua de una catarata que se precipitaba desde una altura de tres metros. Allí comenzaba el verdadero alcantarillado de la ciudad.

Detrás de Miguel Ángel, Estrella Aznar, José Luis Balmer, la teniente de la compañía y los 112 soldados se pusieron en pie. Por una escalerilla de sillares Miguel Ángel trepó hasta el andén que se corría por ambos lados del canal. Los demás le siguieron y al abrir los auriculares que captaban los ruidos del exterior, el trueno ensordecedor de la cascada zumbó en el interior de las escafandras.

Miguel Ángel indicó por señas a sus compañeros que le siguieran. El comando emergió de las aguas, subió por la escalera y anduvo en pos de Miguel Ángel por el andén. Una segunda escalera

les ayudó a salvar el desnivel de la cascada. Se vieron en un enorme túnel abovedado, con dos andenes a los lados, por cuyo centro discurrían las aguas evacuadas por la ciudad.

Echaron a andar con rapidez por el andén. Pronto empezaron a desembocar por uno y otro lado túneles más reducidos que iban a desembocar en el canal principal. En cada esquina de estas confluencias estaba pintado el nombre de una calle. Esto hacía más fácil la tarea de encontrar la plaza de España.

Siguiendo con la imaginación el trazado de las calles que discurrían sobre su cabeza, Miguel Ángel guió a la tropa hacia el casco de la ciudad. Cada una de las avenidas principales tenía por debajo un canal. Los canales laterales desembocaban en el principal y eran, a su vez, colectores de otros canales más estrechos, en los que cantaban las pequeñas cascadas de los desagües de los grandes rascacielos. Innumerables puentecillos provistos de barandilla ponían en comunicación unas orillas de los canales con otras. Sobre sus cabezas tenían una populosa ciudad de más de tres millones de habitantes, pero el silencio era impresionante en aquella solitaria ciudad subterránea, silencio que sólo rompía el gorgoteo de los desagües y el sordo tronar de las cascadas, cuyo rumor ampliaba fantásticamente el eco.

Al cabo de hora y media de devanar el dédalo de corredores, salvando canales y subiendo escaleras, Miguel Ángel se detuvo ante un letrero. El cartel decía solamente: “Plaza de España”.

—Revisen sus armas —ordenó Miguel Ángel, quien sin que mediara acuerdo alguno había pasado a capitanear el grupo.

Los comandos revisaron sus armas. Escuchóse el “clic” de los cargadores al ser encajados en las escotaduras de las recámaras. Miguel Ángel hizo señas de que le siguieran y echó a andar. Por la derecha surgió un pequeño túnel que iba a desaguar en el colector principal. Los ingenieros que construyeron aquella magnífica obra no olvidaron ningún detalle. Un cartel anunciaba: “Palacio Residencial” y una flecha señalaba el angosto túnel.

—Aquí es —dijo Miguel Ángel deteniéndose—. Esperemos que haya una trapa en el sótano de Palacio. De lo contrario tendríamos que salir por alguna de las alcantarillas de la Plaza de España.

El comando se internó en el túnel con el agua por encima de las rodillas. La luz de las linternas brillaba sobre gran número de telas

de araña que iban a envolver las escafandras como improvisados velos. El túnel se les antojó enormemente largo. No tenían en cuenta que habían de cruzar toda la inmensidad de la plaza de España, sino que su ansiedad y temor alargaba enormemente los minutos.

Tras un buen rato de chapotear por la alcantarilla empezaron a escucharse los gorgoteos del agua que caía por varios tubos. Estaban debajo del rascacielos. Unos metros más allá la alcantarilla terminaba bruscamente, pero a la luz de su linterna Miguel Ángel vio los barrotes de una escalerilla y encima de esta una redonda trapa metálica.

—¡Hemos llegado! —susurró roncamente—. Hay una trapa.

—¡Una trapa! ¡Una trapa! ¡Una trapa!…

Corrió la voz a lo largo de la fila de hombres y mujeres encorvados, con las escafandras tocando la bóveda y los pies hundidos en el agua. Miguel Ángel trepó por la escalerilla de asas metálicas y empujó la trapa. Ésta era muy pesada. José Luis subió para ayudarle. Empujaron los dos a un tiempo y la trapa se movió y volvió a caer produciendo un ruido metálico.

—¡Apaguen las linternas! —cuchicheó José Luis Balmer.

—¡Las linternas! ¡Apaguen las linternas!

La voz corrió como un soplo apagando luces a su paso. Al llegar al final la última linterna se apagó. José Luis y Miguel Ángel empujaron la trapa. Ésta se deslizó hacia un lado. En la oscuridad, Miguel Ángel acabó de subir la escalera y salió por el agujero poniéndose en pie sobre el piso donde se abría la cloaca. No escuchando ningún ruido encendió la lámpara. Vio entonces que se encontraba en el tercero de los sótanos del rascacielos. El lugar estaba lleno de trastos viejos, polvo y telarañas.

—¡Chist!… ¡Arriba!

Los comandos fueron saliendo como conejos por el agujero y poniéndose de pie junto a Miguel Ángel.

—Estamos en el sótano inferior —anunció éste—. Aquí sólo hay cosas viejas. En el inmediato superior están los ventiladores de la instalación de aire acondicionado y en el tercero los ascensores que llevan a la superficie de *Valera* y a la Sala de Control. Vengan por aquí.

Miguel Ángel se movía ahora por lugares que le eran bien

conocidos, donde había venido a buscar "tesoros" en su feliz infancia. Una escalera les condujo al sótano intermedio, donde zumbaban los gigantescos ventiladores de la instalación de aire acondicionado. Luego llegaron al sótano superior, donde asomando sigilosamente la cabeza la teniente Balmer pudo ver cuatro ascensores y las máquinas de otra docena que tenían sus jaulas en la planta superior.

—¡Muy bien! —masculló Ángela—. Cuando esto acabe y si disponemos de algún tiempo me explicará usted cómo conoce al dedillo todo esto.

Deslizándose por detrás de los ascensores vieron a un soldado nahumita que se paseaba arriba y abajo. El hombre iba vestido de cristal de pies a cabeza y llevaba al brazo una ametralladora. Parecía muy confiado. No podía sospechar, desde luego, que más de un centenar de pares de ojos le estaban espiando por la derecha.

Mientras los comandos miraban entraron en el sótano cuatro oficiales nahumitas que se encaminaron hacia los ascensores de la Sala de Control. El soldado corrió a sostener la puerta, les hizo una profunda reverencia y luego cerró. La cabina zumbó mientras descendía vertiginosamente.

—¿Han visto ustedes esa reverencia? —farfulló Ángela—. En Nahum debe practicarse todavía la diferencia de castas… nobles y vasallos ¡Puah!

Miguel Ángel no contestó. Miraba fijamente al centinela enemigo a través del cristal azulado de su escafandra.

—Hemos de deshacernos de ese soldado —musitó.

—Una bala atómica puede acabar con él en un instante —farfulló José Luis.

—Nada de eso. Si disparáramos contra él, aunque no fuera con balas explosivas, el ruido daría la alarma. Cinco minutos es un tiempo precioso para nosotros. Si nos descubren ahora, las emisoras de radio nahumita estarán pidiendo a gritos el Rayo Azul cuando nosotros lleguemos abajo. Voy a dar la vuelta por detrás de los ascensores y a empujarlo dentro de ese ascensor vacío. Vengan a ayudarme en seguida. Dentro de su coraza ese nahumita se encuentra como una almeja en su concha. No puedo hacerle daño.

Ángela Balmer asintió con un gruñido. Miguel Ángel esperó a que el nahumita estuviera de espaldas y entonces atravesó a la

carrera el espacio libre que quedaba entre él y los dos ascensores de la sala de control. Cuando el nahumita llegó al final de su corto paseo y se volvió, Miguel Ángel estaba ya agazapado detrás del ascensor abierto.

El nahumita vino hacia donde el valerano estaba, dio media vuelta y reanudó su paseo. Entonces Miguel Ángel saltó en pie y corrió tras el nahumita de puntillas. Pero el ligero crujido de los zapatos de cristal hizo volver con rapidez al centinela. Miguel Ángel no se detuvo, sino que siguió corriendo y chocó violentamente contra el nahumita. El valerano empujó a su enemigo dentro de la cabina del ascensor, por donde rodaron con gran ruido.

José Luis y cuatro comandos más entraron en seguida y se arrojaron sobre el nahumita. Éste rugía como una fiera. Los valeranos no podían hacerle daño tal y como estaba protegido por la armadura y la escafandra, pero había que evitar que diera gritos. Los soldados se sentaron encima del nahumita, sujetándole de brazos a piernas. Miguel Ángel le tapó el tornavoz con la mano y mientras tanto José Luis le desatornillaba la escafandra.

El resto del comando se agolpó en el ascensor. No cabían todos.

—¡Ustedes quédense aquí! —les ordenó Miguel Ángel—. ¡No dejen entrar ni salir a nadie…! ¡Vamos abajo!

Estrella Aznar, que conocía bien el ascensor, pulsó el botón que cerraba las puertas automáticamente. Apenas las puertas estuvieron cerradas, la cabina descendió como un proyectil. Mientras tanto, José Luis quitaba la escafandra al indómito nahumita. Debajo de la escafandra apareció una cabeza rubia. Ángela Balmer empuñó su metralleta y asestó un golpe con la culata en aquel cráneo. El nahumita perdió instantáneamente el sentido.

—Bueno —suspiró la oficial—. Ya estamos camino de la sala de control. ¿Y ahora qué, jefe?

Miguel Ángel no entendió o no quiso entender la ironía que envolvía la palabra “jefe”.

—Cuando salgamos del ascensor nos encontraremos en un aparcadero subterráneo. Enfrente está la rampa de acceso a la Plaza de España, y a la derecha la entrada a la Sala de Control. Habrá una puerta de cristales. Cruzando ésta se entra en el vestíbulo, y después del vestíbulo está la sala propiamente dicha. Tendremos que dar una buena carrera.

El ascensor se detuvo en este momento y las puertas se abrieron automáticamente. Estaban en la bóveda donde días atrás Miguel Ángel llegó con su amigo José Luis.

—¡Adelante!

Miguel Ángel salió corriendo del ascensor y se ciñó a la pared de la derecha. Los nahumitas que montaban la guardia en la puerta de cristales no le vieron. Cuando descubrieron a los rezagados del comando ya estaba Miguel Ángel a veinte pasos de la puerta.

Tres policías nahumitas salieron a la bóveda empuñando sus metralletas y otro saltó dentro del vestíbulo. Miguel Ángel disparó mientras corría. Los tres policías cayeron segados por las balas. Un salto más y el joven valerano se plantó ante la puerta de cristales. Allí se encontró con otros cuatro policías y el oficial que le había visto antes. Estaban apercibidos y le dispararon a quemarropa.

Las balas rebotaron silbando en la coraza de Miguel Ángel. Éste contestó con una ráfaga de ametralladora que tiró a los nahumitas rodando por el mármol que cubría el piso del vestíbulo.

José Luis y Ángela Balmer estaban ahora a su lado y barrieron con sus ametralladoras todo el vestíbulo.

—¡Adentro!

Cruzaron corriendo el vestíbulo. Los disparos habían atraído a varios nahumitas que asomaban por las puertas del restaurante y los servicios. Las balas dieron con ellos en el suelo. Segundos después Miguel Ángel irrumpía en la Sala de Control gritando a través de su altavoz:

—¡A mí los valeranos! ¡Viva *Valera*!

CAPÍTULO IX

NUEVO CAUDILLO

EL comando entró como una tromba en la sala de control. Los hombres y mujeres que estaban sentados ante los pupitres se volvieron con rapidez mirando estupefactos a los recién llegados. Todos los que ocupaban un puesto ante los cuadros de control eran valeranos, pero había también allí un grupo de treinta soldados nahumitas y otros tantos oficiales que vigilaban los movimientos de los oficiales valeranos que tenían a sus órdenes.

Los nahumitas fueron los primeros en reaccionar. Aunque no entendían el español, adivinaron la identidad de los intrusos. Rápidamente, soldados y oficiales echaron mano de sus fusiles y pistolas. Las metralletas de los comandos crepitaron con estruendo haciendo silbar las balas por encima de las cabezas de los oficiales de control valeranos y derribando aquí y allá a los nahumitas. Éstos corrieron a agazaparse tras los bancos de mandos, escudándose a la vez en los cuerpos de los oficiales valeranos.

Pero los valeranos despertaron en aquel momento de su estupor. Comprendiendo que los recién llegados eran de los suyos, saltaron de sus asientos y exponiéndose, de un lado, a los balazos de los nahumitas, y del otro, de sus propios amigos, se abalanzaron valientemente contra los nahumitas.

Entablóse una batalla a puñetazos, silletazos y disparos a quemarropa. Entre las filas de bancos rodaban estrechamente abrazados los luchadores. El comando se dispersó. Las balas nahumitas no podían atravesar las sólidas corazas de vidrio.

Rociándose mutuamente con sus ametralladoras los soldados nahumitas y los comandos valeranos llegaron pronto al cuerpo a

cuerpo. Esgrimiendo su fusil en el aire, Miguel Ángel iba dando golpes aquí y allá. Volaban bancos en todas direcciones. A cada instante un pistoletazo resonaba en la sala aumentando el estruendo.

Los valeranos eran superiores en número y estaban poseídos de una furia indomable. Unos minutos más tarde, los nahumitas estaban fuera de combate. Los valeranos se incorporaban gritando:

—¡Viva la Tierra! ¡Viva *Valera*!

Miguel Ángel trepó al puente de mando.

—¡Hermanos! —gritó—. ¡Hemos venido para liberar o destruir a *Valera*! ¡Nuestro autoplaneta no servirá jamás al enemigo! ¡Volverá a la Tierra con el pueblo valerano o saltará en mil pedazos!

—¡Hurra! ¡Hurra! —aullaron los oficiales de control.

—¡No hay tiempo que perder! —continuó gritando Miguel Ángel desde lo alto de la mesa—. ¡Pronto… poner en marcha los reactores atómicos… cerrad cortina de la entrada!

—¡Bravo! ¡Bravo!

Miguel Ángel se arrancó violentamente la escafandra de cristal azulado que cubría su cabeza. Los ojos y las bocas de los oficiales se abrieron con estupor.

—¡Si es el pequeño Aznar! —chilló un coronel.

—¡Cierto! ¡Es Miguel Ángel Aznar! —gritó otro.

El joven miró a Ángela Balmer. No pudo ver la expresión de su rostro, pero la voz de ésta era sobradamente elocuente al exclamar:

—¡Es un Aznar… un maldito Aznar!

Los oficiales quedaron paralizados. Ángela Balmer se arrancó con furia la escafandra, y clavó sus centelleantes pupilas en el rostro del muchacho.

—¡No le hagáis caso! —chilló—. ¡Los Aznares nos vendieron al enemigo! ¡Jamás obedeceremos la orden de un cobarde Aznar!

—¡Es verdad, maldita sea! —gritó uno de los comandos. Y sus compañeros le corearon con un fiero grito.

—¡Atended! —gritó Miguel Ángel—. Este no es el momento más apropiado para discusiones… No podemos perder nuestro precioso tiempo, cada segundo es vital para nosotros. Si ponemos en marcha los reactores y conseguimos alejar a *Valera* antes que nos alcance el Rayo Azul de los nahumitas…

—¡No le escuchéis! —chilló Ángela Balmer—. ¡Hay entre

vosotros sobrados hombres capacitados para mandar el autoplaneta!

Miguel Ángel volvióse hacia la muchacha.

—¿Qué pretende usted? —le chilló—. ¿Quiere ver hundido a *Valera* sólo por darse el gusto de ver fracasar a uno de esos Aznares que usted tanto odia?

—¡Sólo quiero que ningún Aznar vuelva a tomar la jefatura del pueblo que ellos han precipitado a la ruina! —gritó la muchacha con los ojos llenos de lágrimas.

Miguel Ángel volvióse hacia los oficiales.

—¡Volved a vuestros puestos! —ordenó imperiosamente—. ¡Volved a vuestros puestos os digo!

Los oficiales, vencidos por la centelleante mirada del último de los Aznares, se encaminaron hacia sus bancos de control.

Miguel Ángel Aznar, sobre el mismo estrado desde el cual una larga generación de Aznares condujeron al autoplaneta a los más lejanos mundos y las más emocionantes aventuras, disparaba rápidas órdenes ante los micrófonos.

—¡Atención, cámara de derrota! —gritó un tornavoz—. ¡Compuertas cerradas!

—¡Atención! ¡Sala de máquinas a cámara de derrota! ¡Los reactores están en marcha!

—¡Atención! —gritó ahora Miguel Ángel—. ¡Ordenen a todos los buques de la Armada Sideral valerana que ataquen a las unidades enemigas!

Las grises pupilas de Ángela Balmer estaban clavadas en la figura del joven entre furiosas y admirativas.

—¡Es un Aznar… un maldito Aznar! —mascullaba entre dientes.

—¿Por qué le maldices? —preguntó José Luis—. ¿Por qué abominas de él, si tú le amas?

—¿Amarle yo? —gritó la muchacha—. ¡Le odio… le aborrezco, como aborrezco a todos los de su maldita raza!

Estrella Aznar acercóse a la teniente.

—¿Por qué nos odia, señorita Balmer? —preguntó humildemente—. ¿Qué mal le hemos hecho los Aznares?

—¿Daño? ¿Daño dice usted? Durante siglos, los Aznares nos han tenido a los Balmer bajo el tacón de su bota. ¡Son ustedes una raza orgullosa, soberbia y dominante! ¡Los Balmer éramos los únicos que podían hacerles sombra… pero siempre nos mantuvieron

aherrojados!

—El Aznar que formó mi familia era íntimo amigo del Balmer que fundó la familia de usted —apuntó Estrella—. Durante siglos, los Aznares se han esforzado por volver a tener a los Balmer a su lado, pero ustedes nunca han querido estrechar nuestra mano. ¿Por qué?

—¡Eso hubieran querido ustedes… que fuéramos a lamer su mano como otros muchos perros! ¡Pero también los Balmer tenemos nuestro orgullo! Los Aznares no son más héroes que los Balmer ni se han hecho acreedores de mayor gratitud por parte de la nación terrícola…

—No digas tonterías, prima —refunfuñó José Luis—. Los Aznares acaudillaron siempre las más grandes empresas de nuestra raza.

—¡Naturalmente, porque jamás nos dejaron meter baza a los demás! ¡Ellos lo han acaparado todo! ¡Almirantes, generales, senadores, jefes de Gobierno…! ¡Pero el cuento se acabó! ¡Los Aznares han caído del pedestal después de lo ocurrido con la rendición de *Valera*!

José Luis Balmer sonrió irónicamente.

—¿Tú crees? —preguntó. Y señalando al estrado sobre el cual se erguía Miguel Ángel, añadió—: Mira. Ahí tenemos a otro caudillo de apellido Aznar encaramado en el más alto pedestal del autoplaneta *Valera*.

—¡Los Balmer le haremos bajar de ahí en cuanto acabe esto! —aseguró Ángela con convicción—. La suerte le ha traído aquí con nosotros, pero en cuanto se restablezca el orden… si es que se restablece alguna vez…

—Mi querida prima —rió José Luis—. Quisiera oírte repetir eso. ¿Has dicho que fue la suerte quien puso a Miguel Ángel en la trayectoria de tu comando… o fue tu comando quien se cruzó en el camino de Miguel Ángel para que él os llevara hasta aquí? Si no recuerdo mal fue él quien ideó ese plan y nos guió hasta la cámara de control del autoplaneta.

—Bueno —farfulló Ángela con ojos brillantes de lágrimas—. ¡Yo sé lo que quiero decir!

José Luis dejó de ocuparse de su linda prima para fijar su atención en las pantallas de televisión.

Al cabo de veinte minutos, el Rayo Azul todavía no hacía acto de presencia, y los altavoces iban vertiendo en los oídos de Miguel Ángel noticias cada vez más alentadoras de lo que estaba ocurriendo en el interior de *Valera*. La Armada Sideral valerana, cuyos efectivos sumaban todavía más de un millón de buques, estaba eliminando con fulminante rapidez a la flota invasora. A su vez, el pueblo valerano, despertando súbitamente de su estupor por las viriles llamadas de los receptores de radio se lanzaba a las calles y caía con vengadora furia sobre los invasores…

Pero la atención de Miguel Ángel Aznar estaba pendiente de otro lado. La lucha en los cielos y en las calles de las ciudades de *Valera* le importaba poco. Sabía que los invasores serían derrotados… si el Rayo Azul de los nahumitas que tenía el extraño poder de succionar toda la electricidad del autoplaneta como un voraz aspirador tardaba lo bastante en llegar.

—¡Ya viene el maldito Rayo Azul! —gritó José Luis con voz temblorosa por la rabia.

En efecto, el Rayo Azul surcaba el negro abismo existente entre *Valera* y el lejano planeta nahumita y avanzaba con fantástica rapidez como una lanzada de luz que se estirara… se estirara…

—¡Estamos perdidos! —murmuró José Luis con acento desesperado.

Estrella Aznar se echó a llorar, pero cosa extraña, en vez de abrazarse a su hermano se arrojó entre los brazos de José Luis Balmer, que se abrieron para recibirla y estrecharla con fuerza.

—¡Oh, Estrella… Estrella! —balbuceó el muchacho besando los cabellos de su adorada—. ¡Qué desgraciados somos… hemos perdido la única probabilidad de salvación!

Ángela Balmer, pálida y con los hermosos ojos abiertos de par en par, clavó una mirada suplicante en Miguel Ángel Aznar. Súbitamente despojada de su rencor, miraba al joven caudillo como otras muchas veces miraran los terrestres a otros Aznares… implorando… esperando del jefe supremo la idea genial y salvadora.

—¡No! —gritó Miguel Ángel rechinando los dientes—. ¡Todavía no está todo perdido! ¡¡Atención, navegador!! ¿Qué velocidad llevamos en este momento?

—¡Mil kilómetros a la hora, señor! —repuso el tornavoz.

—¡Bravo! —gritó el muchacho descargando un terrible puñetazo sobre la mesilla que sostenía los micrófonos—. ¡Estamos salvados… nos hemos salvado!

Estrella Aznar, Ángela Balmer y José Luis se volvieron a la vez para mirar a Miguel Ángel con estupor.

—¡Pero si el Rayo Azul continúa avanzando! —exclamó Estrella Aznar—. ¡Si ya lo tenemos encima y se van a apagar las luces… vamos a quedarnos sin energía eléctrica, con los motores parados!

—¡No importa! —chilló Miguel Ángel—. ¡El Rayo Azul nos alcanzará y volverá a robarnos toda la energía eléctrica… pero *Valera* no se detendrá! ¡El impulso que lleva bastará para permitirle navegar por el espacio alejándose cada vez más de ese maldito planeta!

—¡Miguel Ángel! —chilló José Luis.

Ángela Balmer corrió hasta su primo. Le asió con fuerza de un brazo.

—¿Qué le ocurre a Miguel Ángel? —preguntó temblorosa.

—¡Dice la pura verdad! —repuso el muchacho soltando una carcajada—. Has de saber, primita, que en el espacio, sin aire ni nada que pueda frenarlo, el autoplaneta conservará el impulso creado por sus motores en estos minutos de marcha… ¡lo conservaría hasta la Eternidad si nadie lo detuviera! Y el alcance de ese condenado Rayo Azul nahumita no puede ser tan grande que nos persiga a través del espacio a centenares y centenares de millones de kilómetros del planeta que lo lanza. ¿Comprendes? Ahora el Rayo Azul nos robará nuestra energía eléctrica. Pero mañana, pasado o dentro de un mes, *Valera* estará lejos de Nahum y fuera del alcance de ese rayo. Y entonces todo volverá a estar como estaba antes. La luz brillará, los motores impulsarán a *Valera*… la radio interpretará marchas triunfales…

Ángela Balmer comprendió que su primo en verdad empezaba a delirar. Miró hacia las pantallas de televisión donde vio cómo el Rayo Azul avanzaba a velocidad aterradora en busca de *Valera*. Luego se volvió para mirar a Miguel Ángel. Éste parecía haber recobrado súbitamente toda la serenidad y la miró a su vez sonriendo.

—Permítame que la mire —dijo—. Dentro de un minuto nos quedaremos a oscuras y sabe Dios el tiempo que habrá transcurrido

hasta que pueda volverla a ver.

La teniente se sonrojó.

—Creo que he dicho muchas tonterías desde que entramos aquí —murmuró.

—Me pareció oírle decir que me odiaba.

—Sí… lo dije. Pero no era verdad. No le odio, sino que… sino que…

Miguel Ángel lanzó una rápida ojeada a las pantallas de televisión. De pronto saltó del estrado, se acercó a la muchacha y la asió por un brazo. Ella le miró muy asustada.

—¿Qué pasa? —interrogó él desafiante—. ¿Pues no presumía de valiente? ¡Diga la verdad!

—¡Oh, Miguel Ángel! —gimió la muchacha arrojándose ante los brazos del caudillo—. ¡Te amo!

Aprovechando los últimos segundos de luz, José Luis Balmer retiró sus labios de los de Estrella para mirarla. Pero lo que vio por encima de la cabeza de su adorada fue a su amigo y a su prima estrechamente abrazados. José Luis les estuvo mirando un instante, luego miró al estrado, que Miguel Ángel había abandonado para abrazar a la bella teniente de Tropas Especiales.

—¡Ajajá! —masculló—. ¡Por algo decía ella que en cuanto terminara esto le obligaría a bajar de su pedestal!

En aquel momento el Rayo Azul de los nahumitas alcanzaba al autoplaneta *Valera*.

F I N

Notas

[1] Criaturas extraterrestres, también conocidos por la Bestia Gris, viejos enemigos de los nahumitas y de los terrícolas. <<

[2] Todos los miembros de la familia Balmer formaban un “clan” o “tribu” cuyo emblema era la cabeza de un búfalo. < <